

# EREBEA

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales

Núm. 9 (2019), pp. 255-296

ISSN: 0214-0691

<http://dx.doi.org/10.33776/erebea.v9i0.3709>

## TROYANOS, PASTORES Y NOBLES. APUNTES SOBRE LA ROMA PRIMITIVA

J. Muñoz Coello

---

### RESUMEN

La tradición literaria sobre la Roma Arcaica se elaboró en torno a dos corrientes historiográficas, una que tomaba como argumento el relato griego, en el que el Lacio fue punto de llegada de sucesivas expediciones coloniales griegas, desde tiempos anteriores a Troya, y otra, en que sin despreciar esta visión mítica, la complementaba con la llegada continua de gentes ajena a los héroes, de la extracción más baja y común, que armonizaba con el sentimiento de identidad de los romanos como pueblo. A partir de ahí, la historiografía augústea maneja el pasado remoto y los tiempos contemporáneos, reconstruyendo aquel con episodios novelescos, reliquias de anticuarios, etiologías, mitos y sucesos contemporáneos, que luego utiliza como modelos éticos y paradigmas, al servicio de la retórica, para los romanos de su propio tiempo.

---

### PALABRAS CLAVE

tradición, Rómulo, colonización, mito, pastores, *asylum*

---

### ABSTRACT

The literary tradition about Archaic Rome is weaved from two historiographic models, one of which is used as argument the greek report, what relates that Latium were an arrival point of greek colonial consecutive expeditions, since the time before of fall of Troia, and another one which is respectful with the former, but adds to the myth and heroes, the constant arrival of peoples of the lowest and humblest origins, what is agreed with identity feelings of the majority of the romans, as a nation. From there onward, the historiography of Augustus epoch work with the primitive and contemporaneous times reconstructing the first ones, with romantic episodes, remains of antiquities, aethologies, myths and events of the present, that later the historians are using as ethic models and paradigms, in benefit of the rethoric, for the romans of his very time.

---

### KEYWORDS

tradition, Romulus, colonization, myth, shepherds, *asylum*

Fecha de recepción: 29 de octubre de 2019

Fecha de aceptación: 5 de diciembre de 2019

---



## I. DEBATE, HISTORIA Y MITO

Abordar el estudio de la Roma Arcaica, parte sustancial de la Historia de Roma, supone adoptar actitudes, criterios y enfoques, en definitiva, una aproximación distinta a la que seguimos para los tiempos posteriores. Porque por ejemplo, la información sobre la Segunda Guerra Púnica, o la Roma del siglo I a.C., difiere notablemente en contenido y forma de la que tenemos para los tiempos primitivos. Esto invita a realizar algunas reflexiones.

El profesor Arnaldo Momigliano escribía hace medio siglo que una escasa información sobre los primeros tiempos de Roma, podía convertir su estudio en motor de conjeturas y de creación de una historia imaginaria. Y en efecto, ese es probablemente uno de los riesgos que el historiador debe asumir y sortear, pues la falta de noticias, la calidad de las mismas, la trivialidad de sus contenidos y la mezcla acrítica de razón y sentimiento, en definitiva, la falta de fuentes verosímiles y provechosas sobre los primeros siglos de Roma, ha alimentado corrientes de pensamientos enfrentadas. Estas han oscilado desde la crítica drástica que venía a desestimar cualquier noticia casi de manera global, tendencia que en su momento se calificó de hiper crítica, hasta la aceptación como verídica de la mayor parte de la información, como paso necesario para la construcción de un relato continuado y sin cortes, que ilustrara la historia de la Ciudad desde los primeros tiempos. No es superfluo recordar que para cualquier fase histórica que analicemos, la abundancia de fuentes suele relajar las actitudes críticas y al contrario, la escasez de aquellas, las exacerba<sup>1</sup>.

Es necesario plantear que en un debate, que ya es arcaico —permítasenos el sarcasmo—, y sobre el que los especialistas se han ido pronunciando, no podamos esperar novedades, más allá de comprobar cuál de ambas tendencias se alzaría como guía de ortodoxia para los estudios de los próximos años, en tanto se cargan de razones —sus razones— quienes se sienten más inclinados a las tendencias contrarias. Por lo demás, ser identificado en uno u otro extremo, no suele ser producto de la voluntad del calificado, sino resultado de una etiqueta ajena, pues lo habitual es que todos aseguren que su posición como historiadores no es más

1 Stengers (1963), Jeurgon (1973). Rigor excesivo o flexibilidad amplia son meras actitudes antes los datos (Raaflaub, 2005). Por su parte, la bipolarización hoy ya se rechaza sin ambages, y se califica de método histórico pobre el denunciar a todo aquel que exprese dudas sobre las fuentes acusándole de hiper crítico, o de ser la reencarnación de Ettore Pais (Cornell, 1999).

que el resultado de la correcta evaluación de las fuentes, y que sus conclusiones no son más que las que del texto y contexto pueden deducirse<sup>2</sup>.

Obviamente nadie inicia una investigación con el prejuicio de evaluar como falso o inútil, o completamente cierto y exacto el material que va a ser la base de su análisis, y la expresión escrita de cualquiera de estas posiciones no debiera provocar más rechazo o desacuerdo que el que se estime del método y el razonamiento empleado para sustentar esas deducciones. En este asunto, en realidad como en cualquier otro de la historia, no caben teorías brillantes que intenten explicarlo todo. Nuestro supuesto *horror vacui* no debe inducirnos a llenar con más o menos ingenio las lagunas documentales dejadas por la carencia de datos. Nuestro contexto será las fuentes que tengamos, pues sólo desde ellas podremos hacer historia, y no fábula o poesía, como nos advertía Cicerón. Ni los calificados como hipercríticos pecan siempre de exceso y afán destructivo, ni cualquier reserva sobre la monarquía o la sucesión de los reyes, por ejemplo, debe suponer una blasfemia. Tan lícito es esto como admitir un análisis que ponga en consideración cualquier información contenida en los textos, pues la validez la dará el método con que se aborde. Al final, tal como se ha venido planteando el debate sobre los tiempos primitivos, creo que los frutos han sido pobres, con innecesarias descalificaciones y muchos esfuerzos malgastados, que pudieran haberse destinado al genuino objetivo del historiador, que no es otro que conocer mejor, en este caso, los que los romanos pensaron y construyeron sobre sí mismos y su pasado como pueblo<sup>3</sup>.

Buena parte de estas polémicas entre tratadistas viene dadas por la propia naturaleza de nuestras fuentes de información, constituidas en gran medida por los testimonios literarios legados. La arqueología informa sobre la cultura material de una sociedad, por lo que ya de entrada dejará sin tratar muchos aspectos, lo que nos obliga a asumir que tradición y arqueología ni se confirman ni se contradicen, sino que toman caminos diferentes. Aún en los temas que coinciden, los sistemas de interpretación son distintos y ni la tradición literaria debe usarse para cuestionar los datos arqueológicos ni viceversa. Ambas fuentes de información son autónomas y como tales debieran ser respetadas. Por su naturaleza, en cualquier otro campo de la historia los datos materiales se considerarían poco significativos y secundarios, y es habitual que esta clase de testimonios promuevan ficciones, conjeturas y falsas interpretaciones. En realidad, y en ello recojo una reflexión cargada ya de años, todo esto es producto del cansancio y el desaliento que ha

---

2 Homo (1925); Raaflaub (2005).

3 Giovannini (1984), Mc Neal (1972), Grandazzi (1991), Momigliano (1993). El criticismo sobre la historia arcaica de Roma en realidad se documenta ya en el siglo xvii, con J. Perizonius, L. Beaufort, en el xviii, C. Niehbur, en el xix y A. Momigliano, en el xxi (Ross Holloway, 1996); véase Pais (1913-1920).

venido provocando tanta reconstrucción desacertada cimentada en los escombros de la tradición<sup>4</sup>.

Para un sector de la historiografía actual, detrás de las ficciones y leyendas que encontramos en los relatos de los historiadores augústeos, como compendiadores de la analística, hay una base de realidad, un sustrato de hechos ciertos sobre los que se sustentaron las recreaciones posteriores. Se trataría en consecuencia de una forma alternativa de transmisión de los sucesos históricos, que a nosotros correspondería analizar, depurar y aprovechar como elemento informativo. Pero si no damos a ese análisis el valor relativo que le corresponde, podríamos estar construyendo esa pseudo-historia de la que hablábamos antes, creada como conjetura e interpretación secundaria, que nos llegó muy embellecida por la retórica y la necesidad de ofrecerla con un formato plausible. En líneas generales, así vemos este particular ámbito de la historia de Roma<sup>5</sup>.

Tratar sobre los tiempos arcaicos, supone tratar con mitos y realidades, y sobre aquellos debemos hacer alguna consideración. Parafraseando a un gran estudioso del mito<sup>6</sup>, si el hombre actual se considera el resultado de la historia, el hombre de la antigüedad era el resultado de los tiempos míticos. En efecto, cuando el pasado se desconocía, el mito servía para reconstruirlo, y proporcionaba una realidad acorde con las expectativas, con la idea que por ejemplo, los romanos tenían de sí mismos como pueblo. Un suceso muy antiguo, escribía Cicerón<sup>7</sup>, transmitido de manera verosímil, con protagonistas que hubieran servido bien a los intereses patrios, podía ser admitido como válido, aunque fuese fábula. Así reflexionaban algunos intelectuales de la Roma culta, frecuentemente identificada con su clase dirigente.

El mito era importante porque concernía al hombre, le proporcionaba un pasado sin el cual no podría explicar o entender su presente. Su función era mostrar los ejemplos morales de todas las actividades humanas significativas, expresar, realzar y codificar las creencias y salvaguardar los principios éticos e imponerlos a sus legatarios. Por su parte, la fábula, que solía acompañar al mito, era falsa porque contaba cosas que no concernían al hombre. «Escritor, sigue la tradición o si no, escribe algo que tenga coherencia», nos decía Horacio, para concluir más adelante que los poetas tenían dos opciones, la de ser útiles o la de deleitar, y que si optaban por esto último, que las ficciones —las fábulas,

4 Acertadas ideas de Bickermann (1969), recogidas en Raaflaub (2005b), Cornell (1999), Momigliano (1963), Poucet (2000). Sobre la Roma Arcaica las hipótesis prevalecen sobre las certezas, Martínez-Pinna (1996), Forsythe (2005).

5 Cornell (2005). Se habla de sucesos elementales y de sucesos estructurales o fundamentales (Ungern-Sternberg, 2005).

6 Eliade (1992).

7 Cic. *rep.* II.4.

en definitiva— que fabricaran fueran muy cercanas a la verdad<sup>8</sup>. El historiador clásico podía contar un suceso como mito o como fábula, advirtiendo o no sobre su naturaleza, sin que su argumento perdiera la confianza de sus lectores. Así por ejemplo, sobre la leyenda romana del origen del nombre del Lago Curcio, en la que un tal Marco Curcio se inmoló arrojándose por una grieta que un terremoto había producido en la Ciudad, Livio advertía que había que atenerse a la tradición cuando la lejanía en el tiempo impedía comprobar su certeza. Y el nombre del lago cobraba mayor realce a partir de este relato legendario, más reciente<sup>9</sup>.

## 2. EL LEGADO LITERARIO Y MATERIAL DE LA ROMA ARCAICA.

Una estimación del material que los historiadores de finales del siglo i a. C. pudieron consultar incluiría algunos tratados antiguos, como el *foedus Cassianum* del 493, inscrito en bronce y que en tiempos de Cicerón todavía podía verse detrás de los *rostra*, al menos hasta mediados del siglo ii a. de C., los tratados entre Roma y Cartago, en los archivos de los ediles, y algunas leyes conservadas en varios templos o en el erario; también las esculturas de reyes y personajes importantes que aún podían verse en lugares públicos, con algún tipo de inscripción, una lista de cónsules y triunfadores de fiabilidad variable, algún resumen o breviario de los llamados *annales maximi*, compendio de las notas que cada año publicaba el *pontifex maximus* desde los tiempos más antiguos<sup>10</sup>; noticias poco significativas sobre temas muy diferentes, una relación de topónimos y antropónimos transmitidos oralmente, algunas tradiciones familiares y populares sobre ritos y fiestas religiosas, muy alteradas por el paso del tiempo y la mano intencionada de sus poseedores —*elogia* y archivos de los *tablina* particulares—, algunos relatos míticos y legendarios sobre hombres, héroes y dioses, transmitidos por los griegos, y quizás algún resto material griego e incluso etrusco<sup>11</sup>.

8 Hor. *ars poetica*, 119; 333/335; Eliade (1992), Malinowski (1994).

9 Livio, VII.6.6; V. Basanoff (1949).

10 Serv. *ad aen.* I. 373; Wiseman (1989), Raaflaub (2005a), Letta (1988). Por ejemplo, tal y como la tradición literaria trata la ley agraria Licinia-Sextia, es inaceptable, Gabba (2005). Polibio decía poder ver aún los tratados entre Roma y Cartago, en el Templo de Júpiter, archivo de los ediles, Pol. III.26 .1; Stewart (2003); el relato de los tiempos primitivos está lleno de distorsiones, omisiones, reduplicación de episodios, anacronismos, orgullos familiares y reescritura de episodios pasados, (Flower, 2010).

11 Estatuas de personajes célebres del pasado de la Ciudad, Plin. *nat.* XVIII. 15; 16; XXXIV.20; 21; 22; 23; 28; Gell. IV.5.1 Sobre el contenido de los *annales pontificum*, Catón el Viejo, *Orig.fr.* 77P (= Gell. XI.28.6) que indica que guardaban noticias como los sacerdotes fallecidos y elección de sus sucesores, prodigios de toda clase, sacrificios expiatorios, incendios, inundaciones, la subida de precios del trigo, eclipses y datos de este género, pero no sobre verdadera historia, aunque otros autores, como Cic. *de orat.* II.52; *Balb.* 53; Macrobian. *sat.* III.2.17; DH I.74.3; Serv. *Aen.* I.375, ampliaban los contenidos, Ogilvie y Drummond (2006), Crake (1940), Raaflaub (2005b); aunque en el 358 Roma firmó otro tratado con los latinos, Livio, VII.12.7, Forsythe (2005).

Estas fueron básicamente las fuentes materiales con las que los historiadores augústeos, sumadas a los relatos literarios disponibles, elaboraron sus narraciones sobre los tiempos más antiguos de la Ciudad. Inmersos como estaban en las técnicas retóricas de la mejor alocución, insertaron discursos y añadieron episodios novelados y ejemplarizantes, de alto valor didáctico y moral, con el que cubrían los extensos vacíos informativos, advirtiendo en algunos casos al lector sobre la dudosa naturaleza de algunas de las noticias que daban. Así se articuló la estructura narrativa de cómo habían transcurrido los primeros siglos de la Ciudad<sup>12</sup>.

No sin ingenio hoy se ha comparado la magra información que los romanos tuvieron sobre su pasado remoto, con la que igualmente tuvieron los griegos para los tiempos que iban desde la caída de Troya hasta el año 700, incluso el 650, la llamada por nosotros con razón Época Oscura. Justificaba el perspicaz autor<sup>13</sup>, que parecía como si los griegos de la época clásica hubieran satisfecho su curiosidad sobre su pasado más remoto leyendo a Homero, y no estuvieran interesados en los siglos posteriores a aquellos tiempos gloriosos del poeta. En Roma, el relato que nos ha llegado sobre los tiempos más antiguos de la Ciudad se perfiló en los círculos intelectuales del final de la República, pero como entre los griegos, una vez que ellos asimilaban esa información y satisfacieron la curiosidad, parece como si el interés por la historia de los tiempos posteriores ya sin conexión con los orígenes, decayera y se diluyera como todo aquello que se consideraba que no afectaba al entorno más inmediato<sup>14</sup>.

A fines de la República, Cicerón admitía que sólo sabía de la monarquía y los tiempos inmediatos lo que había podido leer en los analistas, que incluía fábulas y mitos. Por las razones que fuese, para Cicerón la leyenda troyana no debió tener mucha significación, pues sólo la cita dos veces en toda su obra. La

12 Horacios y Curiacios, la ninfa Egeria, Cayo Mucio, Horacio Cocles, la muerte de Horacia, las damas Clelia, Lucrecia y Verginia, el volusco Coriolano, el veterano soldado Lucio Siccio, el *vicus tuscus*, y el *vicus sceleratus*, el sacrificio de los Fabios, los episodios de Espurio Melio, Apio Herdonio, Espurio Cassio y M. Manlio Capitolino, el dictador Quincio Cincinato, L. Junio Bruto, el primer cónsul, y sus hijos, Servilio Ahala, el segundo decenvirado, Verginia, vid. DH II.60.5; III. 4.1; 14-15; 18-19; IV. 39.5; V. 24-25; 27-29; 33.1; 36.4; 40.3; 64-66; VII. 19; 21-22; 25-27; 34-35; 38; 45; 57; 58; 61-64; VIII. 22.1; X. 59-60; XI.2; 52.1; Livio, I. 21; 23; 24; 48; 49; 56; 58-59; II.1; II.5; II.10; II.11; II.12; II.13; II.14; II.16; II.39-40; III. 16; III. 36-39; III. 71; Festo, 48L; Pol. I.11.22; Plut. *Numa*, 21; Cic. *Brut.*, XVI.62; Livio, II.21.4; VII.6.6; Gell. IV.5.1; IX.11.1/4; véase Appleton (1924), Deroy (1973). Nos referiremos a Livio y Dionisio de Halicarnaso como los historiadores augústeos, de los cuales nos ha llegado una parte significativa de sus obras. Naturalmente, hubo otros, como Veleyo Patérculo, de menor relevancia, o Cn. Pompeyo Trogo, y otros de los que nada tenemos, salvo alguna referencia, como C. Asinio Polión, A. Cremucio Cordo. C. Licinio Muciano, el anticuario Fenestela, L. Arruncio, Aufidio Baso, Bruttedio Nigro, M. Aneo Lucano, A. Cremucio Cordo o Fabio Rústico, véase una síntesis, Muñiz Coello (2018); DH IV. 26.5; 58.4; Momigliano (2006); Ampolo (2013).

13 Snodgrass (1990), al que sigue Cornell (1999).

14 Livio, XXXI.1.1-5; Wiseman (1989), Cornell (2006), Snodgrass (1971).

realidad era que el arpinate no tenía noticias directas anteriores al año 200, no pudiendo ir más allá, por ejemplo, del orador M. Cornelio Cetego, cónsul del 204, o de Tib. Sempronio Graco, cónsul del 177, de cuya esposa Cornelia decía nuestro orador conservar algunas cartas personales. De personajes como D. Junio Bruto, el cónsul del 138, L. Valerio Potito – son muchos los que llevaron este apodo, todos del siglo IV a.C. hacía atrás -, Apio Claudio el Ciego, cónsul en 307 y 296, C. Fabricio, cónsul del 282 y 278, o C. Flaminio, cónsul en 223 y 217, admitía conservar sólo las referencias de la tradición, pues aseguraba que no se conservaban más noticias sobre ellos, ni escritas por sí mismos ni por otros<sup>15</sup>.

La tradición sobre los primeros tiempos de Roma fue obra de una extensa nómina de autores griegos y romanos cuyos testimonios sirvieron para fraguar, sintetizar y consolidar las líneas generales de un relato que, por causas muy diversas y no siempre esclarecidas, hizo fortuna y se formalizó como la versión más aceptada y reconocida por los círculos literarios de finales del siglo I a.C. Una centuria antes Asclepiades de Myrlea calificaba el argumento de las comedias y los mimos como relatos semifalsos y las genealogías, como falsas sin ambages, una desconfianza que ya cuatro siglos antes nos transmitía Tucídides cuando advertía de quienes confiaban en los poetas y logógrafos, los *archaioi síngrafeis* de Dionisio de Halicarnaso, gente con relatos muy inflados más cercanos al mito que a la realidad<sup>16</sup>.

A fines del siglo V Helánico de Lesbos y su discípulo Damastes de Sigeo, trataron el viaje de Eneas desde Troya al centro de Italia y la fundación de Roma. Del primero se citaban noticias fantásticas como la de que algunos miembros del clan etolio de los Epios vivieron hasta 200 años, algo que confirmaba Damastes, que nombraba a un tal Pictoreus, que vivió 300 años, como los reyes arcadios que Eforo de Cumas citaba en la primera mitad del siglo IV. Este era el tipo de información frecuente y poco fiable desde Heródoto en la mayoría de los escritores de la época. A fines del siglo V Antíoco de Siracusa escribía historias sobre los griegos de Sicilia, que a su vez tenían contactos esporádicos con los romanos primitivos, como cita varias veces Dionisio de Halicarnaso. Coetáneo a Eforo, Herodoro de la Heraklea póntica, escribió sobre los viajes de Herakles, al que hace visitar Roma. El mismo Aristóteles citaba a Roma, cuando decía que fue Lucio quien salvó a Roma de los galos, cuando en realidad había sido un Marco (Camilo)<sup>17</sup>.

15 Del Censor decía tener recopilados más de 150 discursos, Cic. *rep.*II.33: *Brut.*, 54, 58; 60; 65; 181; 211. Es más, algunos tratados como el *de senectute*, durante un tiempo se consideraron pura ficción, con relación a sus referencias históricas, Münzer (1905). Paladini (1947), Laurand (1911), Boyance (1940), Rambaud (1953), Cornell (2001).

16 Tuc. I. 21; Str. I. 2.8; Toye (1995) decía que los poetas y primeros historiadores contaban mitos en sus relatos para entretener a la masa y mantener su atención; Wiseman (1974).

17 DH I. 6. 1-3; Plut. *Rom.* 2; 3; *Cam.* 22; Gell. VII.7.6; XI.14.2; XVII.21.3; Perret (1942);

Arístides de Mileto hablaba de la leyenda de Rómulo, Romo (*sic*) y la loba, y de Roma Arcaica en general hablaban la historia de Diocles de Pepareto, siglo iv/iii a. C., en la actual Eubea, fuente de Fabio Pictor<sup>18</sup>, e igualmente un tal Promatión, historiador desconocido, ubicado tanto en el siglo v, como en el iii y aún i a. C., que trató el origen de los gemelos en una historia sobre Italia. Pero cuando los griegos prestaron verdadera atención a Roma fue a partir de la guerra con Pirro. En la primera mitad del siglo iii a. C. Timeo de Taormina, escribía 38 libros sobre Sicilia, Italia, Africa y referencias a Grecia. Se le atribuye haber descrito las reformas de Servio Tulio, y la guerra entre Roma y Pirro, y hubo muchos otros, «de poco rigor y basados en relatos que obtuvieron al azar, motivo que me llevó a tratar una historia que los demás omitieron», decía Dionisio de Halicarnaso. Los romanos Q. Fabio Pictor y L. Cincio Alimento, que escribieron en griego durante la segunda guerra púnica, incluyeron en sus obras sucesos ocurridos después de la fundación de la ciudad por encima y de forma sucinta<sup>19</sup>. Sólo referencias, sobre todo de Plinio el Viejo, conservamos del monarca nómida Juba II, en la segunda mitad del siglo i a. C., polígrafo con obras de temas muy variados y una Historia de Roma en la que entre otras cosas, informaba sobre los doce *ancillae* y las danzas de los salios, y datos sobre Tarpeyo, del tiempo de Rómulo<sup>20</sup>.

Varro, *rust.* II.5.3 (fr.42); Cic. *Att.* VI.1.18; Bruto, 63 (fr.138), Momigliano (1993); hay una auténtica fabulación griega sobre Italia, Poucet (1985), Musti (1970), Santangelo (2014). De hecho Helánico de Lesbos, Hecateo de Mileto y Acusilao de Argos, los tres del siglo v, son citados por Dionisio como fuentes para la Roma Primitiva, pero Felix Jacoby los rechaza y siguiendo a Tucídides y luego a Asclepiades, piensa que Dionisio se equivoca, pues dos de ellos eran sólo genealogistas y el otro, mitógrafo, no eran attidógrafos, cronistas locales como pensaba (Toye, 1995).

18 Así piensan Pareti (1924), Flower (2010); desde los orígenes, según Poucet (1985), una tradición oral puede conservarse hasta algo más de un siglo, por lo que las noticias orales que pudo tener Fabio Pictor no podrían remontarse más allá de mediados del siglo iv a. C. El resto, al menos para sus referencias a la Roma de la fundación, debió tomarlo de autores griegos. Timpe (1972), Dillery (2002).

19 Para Rich (2018), Fabio empieza su relato desde el primer año de la República, y es probable que de la República Primitiva solo narrara los sucesos seleccionados de algunos años, y que lo hiciera año a año, solo a partir de finales del siglo iv.

20 Pol. I.14.3-5; Plin. *nat.* VII. 54; 155; DH I.6.1-3; 12.3; 22.5; 73.4; Plut. *Rom.* 2.1; *mor.* 315A; Alcimo, (FGrH 4 F 84; 5 F 3; 840, F 9 = Fests., p. 326.35L), Bickermann (1952), Horsfall (1979). Los romanos disfrutaban las historias de Sicilia y de Pirro, de Timeo, en la época de Cicerón y de Varrón, como indica Varrón, r.r. II.5.3 (fr.42); Cic. *Att.* VI.1.18; *Brut.* 63 (fr.138). Momigliano, ¿Mentía Fabio Pictor?, p. 92. Descartamos a Filino de Agrigento, Sósilo de Caleazte y Sileno, de los que no ha llegado nada, pues trataron las dos primeras guerras contra Cartago —desde la perspectiva del bando cartaginés—, igual que a los analistas Valerio Antias, L. Calpurnio Pisón o L. Cassio Hemina, con versiones favorables al bando romano, y ello pese a que la experiencia nos muestra que cualquier relato, referido a cualquier asunto, podía contener alusiones a los tiempos anteriores. La escuela helenística rechazó como fundadores a los griegos Diomedes y a Evandro y asumió la versión de Eneas o su descendiente Romus; DH I.6.2; Cic. *de orat.* II.51/53; cf. *leg.* I.2.5 añadía para el siglo V a Ferécides de Atenas y Acusilao, y Catón y Pisón, para el siglo II a.C.; un intelectual como Plinio el Viejo conocía las obras de Ctesias de Cnido, hac. 400, que se hacía eco de

### 3. DOS VISIONES SOBRE LOS COMIENZOS DE LA CIUDAD

Hubo dos corrientes historiográficas sobre cómo fueron los primeros momentos de la Ciudad, la que conectaba a Roma con héroes griegos y troyanos y la homologaba al modelo fundacional de la tradición colonial, y la que hablaba de la llegada de gentes de todas las procedencias y extracciones sociales, a lo largo del tiempo y sin conexión con héroes y dioses de los relatos míticos. Hizo fortuna la primera, celebrada y difundida por historiadores y poetas de corte, que la tomaron como fuente de inspiración y la modelaron y ampliaron en sus obras. Esta versión de héroes griegos y troyanos fue del gusto de Augusto y la *gens* Julia, pues en ella se testimoniaban los vínculos de sangre de la familia de los fundadores con Ascanio en concreto, hijo de Eneas, el primero de los Julios o Julos. Fueron la Eneida de Virgilio, las antigüedades romanas de Dionisio de Halicarnaso y en gran medida, la historia de Livio, las que se impusieron a otras, más sombrías y desprovistas de antepasados e hitos gloriosos, e incapaces de competir con aquella, que pasó a ser canónica como relato explicativo de los tiempos más antiguos de la Ciudad<sup>21</sup>.

El relato de Dionisio de Halicarnaso coincidía con los gustos y expectativas de sus lectores, una parte de los intelectuales de la Roma de Augusto, en la que este

---

la existencia de animales fabulosos que tenían tres hileras de dientes, de Philisto de Siracusa, sobre el tirano Gelón de Siracusa —primera mitad del v— y Pirro, Plin. *nat.* VIII. 75; 144; DH I. 11. 1; Plut. *Rom.* 17; *Num* 13; 22; Plin. *nat.* II. 140; 241; III.70; VIII.194; XIII.84; XIV.88; Poucet (1985), Forsythe (1994, 2005).

21 DS VII.4.8; antes de Pictor hubo al menos hasta 25 versiones de la fundación de Roma, Poucet, *Les origines de Rome*. p. 57, aunque otros hablan de hasta sesenta versiones distintas, Forsythe (2005). Desde el paso de Herakles por Roma hasta la muerte de Remo y la fundación de la Ciudad, DS VII. 4.2; 4.4; 4.8; 4.10; 5.1; 8.1; VII.4.4; VIII.6.3; 29; Plut. *mor.* 271A; Horacio, lista real, *ep.* I.6.27; *sat.* I.6.13; Homero, en Hor. *ep.* I.2.10-31. Excelente conocedor de la historia de Roma desde los orígenes, Tácito alude a Eneas, Ilium o Troia, los orígenes de la *gens* Julia, la lista real, los reyes albanos, la higuera Ruminal y el relato de Rómulo y Remo. Diferencia entre los que escribían fábulas, como Homero, Eurípides, Sófocles y Virgilio, y los que hablaban de hechos, como Demóstenes, Lisias, Hipérides, Cicerón, Asinio o Mesala, Tac. *ann.* III.26; IV. 9; 55.2; XI.14; 24; *aliaque haud procul fabulis vetera*, XIII.58.1; *dial.* 12; de hecho Tácito tenía una idea clara sobre Homero. Admitía la exhibición de brillantes nexos genealógicos para lustre familiar, un hábito consagrado por la costumbre. Pero otra cosa era pretender sacar beneficios de tales nexos, invocando el mérito de quienes los ostentaban. Los de Ilium pedían ser la ciudad elegida donde se construyeran cierto templo e invocaban ser cuna de la estirpe de los primeros emperadores, los Julios, lo que se consideró irrelevante y se les negó su petición. Por otro lado, reinando Claudio, se pedía una preta y quince millones de sestercios para el intendente liberto Palas, invocando los nobles orígenes de éste, como descendiente de su homónimo, el mítico hijo de Evandro de Arcadia. Se rechazó la solicitud, acompañada del comentario jocoso y burlesco, que tildaba de ridículas tales pretensiones. Como indicaba Livio respecto a Ulises por ejemplo, Tácito decía no intentar confirmar ni refutar, sino que cada cual sacara sus propias conclusiones, Tac. *Germ.* 3; *Sal. hist.* I.55.5, consideraba a Sila una caricatura de Rómulo; Estrabón conocía todo el relato mítico hasta la fundación, Str. V.3.2-3; cf. Floro, *epit.* I.1.1-3; V. Max. I.8.7; II.2.9; Zon. VII.1.1; 3-4; 6; 8; Plin. *nat.* II.40; III.67; 11.47; VII.33; 202; VIII.197; Prop. *eleg.* II.6.20; III.3.7; 11.47; 34.20; 34.63; IV.1. 4; 1. 48; 6.17; 9.7; Gell I.10.1-2; 16.4; II.16.3; VII.7.1; XVII.21.4; 6.

historiador aseguraba que todavía en su tiempo quedaban unas cincuenta familias descendientes de los fundadores. Difícilmente se hubiera aceptado - y menos de un griego, sin vínculos honrosos ni estirpe - una explicación distinta sobre el origen de la legítima autoridad y la ascendencia de la nobleza de fines del siglo I a.C. sino como patente a lo largo de los siglos. Dionisio nos dejó la narración más completa sobre la conexión de Roma con los griegos desde los tiempos previos a la fundación —los tiempos que para Livio carecían de la fiabilidad necesaria para ser contados—, y la participación de aquellos en la misma. Este historiador estaba convencido de que Roma no era más que una *polis* griega, una fundación de griegos venidos de muchos lugares, y que por tanto la Ciudad no fue fruto de la fusión de extranjeros sin renombre, fugitivos y apátridas, como algunos con mala intención pretendían, sino que esta población mixta fue un fenómeno posterior, resultado del carácter hospitalario y acogedor que Roma siempre había manifestado<sup>22</sup>.

Para Livio, antes del 390 todo era incierto, nada podía darse como seguro, dadas las discrepancias que había sobre los magistrados y los hechos que protagonizaron en ese tiempo. Las causas de estas dudas eran la distancia temporal de los hechos y la escasez de noticias, puesto que la mayor parte de la información, según el patavino, se perdió en el incendio de la Ciudad provocado por los galos en el 390. Pero a partir de esta fecha, Livio aseguraba que el panorama cambiaba, su relato iba a adquirir mayor claridad y seguridad en una Ciudad renacida con mayor lozanía y fecundidad, como el nuevo brote de un tronco. Livio estaba convencido de que la documentación mejoraría, sin especificar las razones de su optimismo. Pero las cosas no resultaron así y cuando trataba los sucesos de fines del siglo iv, sus conclusiones no ocultaban desazón. Es posible que el latino pensara que en los archivos familiares podría encontrar los datos que antes no tenía. Pero de esta consulta sólo pudo comprobar la confusión entre gestas individuales y actuaciones públicas, y las falsedades introducidas en los *elogia* fúnebres e inscripciones de los retratos, que eran parte importante del material existente, para crear falsas trayectorias vitales y honores nunca desempeñados, todo lo cual confundía e invalidaba su uso. Por lo demás, finalizaba el historiador, no quedaba ningún escritor de la época en cuya autoridad pudiera basarse con seguridad suficiente<sup>23</sup>.

Con relación a los tiempos previos a la fundación, Livio asumía el núcleo de la leyenda troyana y lo combinaba con la realidad de los elementos indígenas contenidos en la imagen que los romanos tenían como pueblo y que aplicaron a

22 El vínculo de Roma con Troya era a través de Lavinio, fundada por Eneas, y Alba Longa, fundada por Ascanio o Julio, el primer ancestro de la gens Julia, Livio, I.3, Poucet, Les origines de Rome. p. 189; vid. D. Forte, Rome and the Romans as the Greeks saw them, Rome 1972; M. Fox, Roman Historical Myths, The Regal Period in Augustan Literature, Oxford 1996.

23 Livio, II.21.4; VI.1.1-3; VIII.40.3-4; Cic. *Brut.* 62; Plut. *Num.* I.1/2; 21; Gabba (1968) piensa que con el incremento de contactos con los griegos del sur, la información mejoró.

los tiempos arcaicos. Esta imagen era la de una Roma poblada desde sus comienzos por gran número de extranjeros, desarraigados, pastores y aventureros, fugitivos de sus patrias de origen, desterrados y marginados, en suma, gente aventurera y sin brillo —*ab exiguis initiis* de Livio, *praef.* 4—, en realidad una concurrencia ajena al mundo de los héroes y dioses, cuya presencia en el relato tradicional requería de algún tipo de explicación. Igualmente Plutarco, asumiendo el relato biográfico de los gemelos fundadores, al referirse a tiempos posteriores, destacaba cómo Roma se había llenado en poco tiempo de advenedizos, de gente pobre y oscura<sup>24</sup>.

Livio, al que un siglo después Tácito —*ann.* IV.34— consideraba un historiador elocuente y fiable, no escatimó ocasión para resaltar las ventajas de una ciudad de población mezclada, respecto de las que se conservaron sin adiciones externas. Por boca de un embajador de Alba Longa, comparaba el linaje de esta ciudad, griego e intacto desde la fundación, con el romano, cuya pureza había sido destruida por vagabundos y extranjeros, en tal número, que el elemento genuino se limita a una mínima parte dentro de los foráneos y otras razas. En esa Roma imperaba lo bastardo sobre lo legítimo, el extranjero sobre el griego y los emigrantes sobre los autóctonos, lo que conducía al desorden, la indisciplina y la inexperiencia. Pero éste era el discurso que Livio ponía en boca del enemigo. Como respuesta, Livio subrayaba que los romanos no sólo no se avergonzaban de haber hecho accesible su ciudad a cuantos quisieran vivir en ella, sino que por el contrario se sentían orgullosos, pues gracias a ello habían llegado a ser la más grande y poderosa de entre sus vecinos<sup>25</sup>.

En tiempos de Tiberio, un historiador amable con el régimen como Velejo Patérculo subrayaba la tesis de una Roma heroica, entre cuyos primeros habitantes surgió la estirpe de los Julios. Escribía que estando tan cerca a Veyes y otros etruscos y sabinos, a Rómulo le hubiera sido muy difícil establecer su ciudad con una sola banda de pastores, *pastoralis manus*, ni aunque incrementara la población creando un *asylum* para dar acogida a los emigrados. Pudo fundar la ciudad porque tuvo el apoyo del ejército de su abuelo Latino, por lo que me alegra coincidir, concluía Velejo, con los que piensan que fue así y no de otra forma.

#### 4. PASTORES, GANADOS Y NOBLEZA Y OTROS PARADIGMAS

Además de la historiografía que consagró el modelo de una Roma de orígenes preclaros y heroicos, hubo otras versiones que, aunque no tuvieron la fortuna

24 Livio II.1.4. En esta línea, Bickermann (1952), Cornell (1975); Plut. *Rom.* 6; 8; 14; *Tib. Gr.* 8; *Mar.* 41; *Pomp.* 4. La fusión de Roma con los bárbaros fue posterior a la fundación. A Roma emigraron ópicos, marsios, samnitas, tirrenios, bruttianos, umbríos, ligures, celtas y muchos otros pueblos procedentes de Italia, o de otros lugares, que no tenían la misma lengua y costumbres, DH I. 89.1-3; véase Ampolo (1981).

25 DH III. 10.4; 6; 11.4; Livio II.1.4.

de Livio y Dionisio de Halicarnasos, pusieron de manifiesto el desacuerdo con el relato sobre la identidad y el pasado del pueblo romano. Coetáneo de éstos, el historiador Trogo Pompeyo mostraba un modelo de ciudad de población mixta y de aluvión, gente de origen innoble, antítesis de la que hablaba de los héroes troyanos, y lo consideraba como el único ajustado a la realidad y respuesta al verdadero origen del pueblo romano. Lo que nos ha llegado de su obra, transmitido en buena parte por el historiador tardío Justino, cita a otro historiador de su misma línea y tiempo, Timágenes de Alejandría, del que sólo sabemos que escribió una crónica sobre los reyes de Oriente, y que fue despreciado y relegado por Augusto por su maledicencia<sup>26</sup>.

Unos reyes etruscos, sabinos y latinos como refleja el relato de la analística, en realidad sólo era el modo de manifestar que desde siempre la Ciudad había sido un foco de atracción para comerciantes, mercaderes o buhoneros latinos, sabinos o etruscos. Pero esto no modificaba la procedencia de sus primeros habitantes. Para Trogo Pompeyo, los primeros habitantes de Roma fueron los aborígenes del rey Saturno, que se estableció en el Capitolio, motivo por el cual Italia se denominaba Saturnia. Aquellos primeros ancestros de los romanos vivían de sus rebaños, como lo manifiesta que su tercer rey fuera Fauno, dios protector de rebaños y pastores, identificado con Pan, el dios arcadio. Durante su reinado, continuaba Trogo, llegó Evandro, hijo de Hermes y la ninfa Carmenta, desde Palanteo, en Arcadia, sesenta años antes de la caída de Troya —1244 a. C., según el cómputo tradicional—. Era igualmente pastor y Fauno le dio la colina del Palatino, donde andaban esparcidos sus rebaños y mugían las vacadas<sup>27</sup>.

Un mundo de pastores, ajeno a las gloriosas vidas y trayectorias de los héroes helénicos. Estos pastores eran gente fuerte, violenta y diestra con las armas, como demuestra el hecho de que el territorio que Rómulo y Remo ocupaban se lo habían arrebatado antes a sus legítimos dueños, lo que refuerza la imagen que se tenía de que a Roma, la razón de su éxito militar posterior le venía de antiguo. El origen humilde y oscuro de los primeros romanos quedaba pues compensado

26 Timágenes fue amigo de C. Asinio Polión —*severissimus auctor*, Plin. *nat.* XI. 274—, el cónsul del 40 a. C., el jurista e historiador, que desde luego tampoco perteneció al círculo de íntimos del emperador.

27 Verg. *aen.* VIII.362; Just. XLIII.1. 5-6; Floro, *epit.* I.1.9. Trogo admite la parte del relato griego que habla de la llegada de Eneas, reinando Latino, su unión con Lavinia, la fundación del mismo nombre, su hijo Ascanio, la fundación de Alba Longa y la lista real albana, que cubre los siguientes 300 años, hasta llegar a los hermanos Númerito y Amulio, Just. 43.1. 9-13; 2.1. A partir de ahí, los episodios de reya Silvia, Marte, los gemelos, la loba, el pastor Fáustulo, Just. 43.2. 2-10, y la fundación de la Ciudad por los gemelos. Se formó un senado de cien miembros a los que llamaron *patres*. Como los pueblos vecinos los despreciaban por ser pastores, negaron dar a sus hijas en matrimonio, por lo que raptaron jóvenes sabinas y trajeron a las tribus de los alrededores bajo su dominio, luego a Italia y más tarde, al mundo entero, Just. 43.3.1-2; Forsythe, *A Critical History*, pp. 79 y 163, siempre hubo mucha fluidez social.

por su fuerza y capacidad militar, clave de sus éxitos en las guerras. Los mismos que fundaron su ciudad sobre un parricidio y regaron sus cimientos con sangre fraterna, escribía Trogo, al no hallar esposas que les aceptaran por sus bajos orígenes, raptaron violentamente las de todo un pueblo. Odiaron a los reyes extranjeros, igual que abominaron de los suyos, de los que se avergonzaban, al ser pastores aborígenes, arúspices sabinos, desterrados de Corinto o siervos e hijos de esclavos etruscos, siendo que el más honroso fuera aquel al que llamaron Soberbio, y ellos mismos cuentan que los fundadores fueron alimentados por la ubre de una loba, de forma que es consecuente, aseguraba Trogo, que todo este pueblo tuviera ánimos de lobos, fuesen insaciables de sangre y se mostraran siempre ávidos y hambrientos de poder y riquezas. No es de extrañar que el historiador no gozara de las simpatías de los Julios<sup>28</sup>.

Las reflexiones de Varrón, polígrafo y anticuario, tampoco regalaron los oídos de los poderosos, y no pudieron ser más rotundas. ¿Quién dice que el pueblo romano no surgió de pastores?, se preguntaba, ¿quién ignora que Fáustulo fue el pastor protector que crió a Rómulo y Remo?, ¿no se mantendrá que ellos mismos también fueron pastores, por lo que prefirieron fundar Roma en las Parilias?, ¿no se prueba lo mismo porque incluso las multas se establecían, según la costumbre antigua, en bueyes y ovejas? ¿Por qué la moneda de cobre fundida más antigua se marcó con una cabeza de ganado?. Dentro de la ambigüedad en la que Cicerón solía moverse en sus afirmaciones, fue rotundo cuando por boca de Cayo Lelio afirmaba que los primeros romanos fueron tan bárbaros en costumbres e instituciones, como los primeros griegos, salvo por el desconocimiento que tenían de la lengua griega. Por su parte, a fines del siglo I d. C., alguien tan explícito e impasible al sentimiento poético como Juvenal, no podía expresar mejor cuál era su opinión sobre quiénes fueron los primeros romanos. Por más lejos que busques, por más lejos que escojas tu nombre, decía el satírico, encontrarás que tu estirpe proviene de un asilo infame. El primero de tus mayores, cualquiera que haya sido, fue un pastor, o aquello que no quiero decir<sup>29</sup>.

Este era el tiempo en el que se consagró el relato canónico sobre los orígenes del pueblo romano, la Ciudad cuyo terreno en otro tiempo, evocaba el poeta, no había sido sino colinas y hierba. Unos orígenes mixtos y sin notoriedad contaban a su favor con la evidencia del contexto étnico del tiempo en que los historiadores escribían. De modo que en sus relatos estos historiadores recrearon aquel pasado remoto y desconocido, con relación al origen de los primeros romanos, como raíz y fuente de la Roma mixta y heterogénea de su presente. Y al mismo

28 Es posible que Just. 28. 2. 1-10; 38. 6.7, usara para este pasaje de Metrodoro de Scepsis, de tiempos de Mitridates, crítico con Roma, D. Briquel (1995), o acaso, de su coetáneo Timágenes de Alejandría.

29 Varr. *rust.* II. 1. 9; Cic. *rep.* I. 58; Pastores del Lacio, así llamaba Juvenal a los romanos, Juv. II. 127; VIII.272/275; véase Ampolo (1988), Ogilvie (1976).

tiempo, aportaban modelos positivos que corrigieran las conductas infructuosas y perjudiciales que perjudicaban al régimen y a sus beneficiarios directos. Con Augusto en el poder, Roma era un mosaico de razas, lenguas y culturas que no pasaba desapercibido. De este modo, la Roma hospitalaria y ciudad de acogida de este tiempo se explicaba por la inserción de este modelo en el relato legendario de los siglos anteriores, y viceversa<sup>30</sup>.

##### 5. GANADOS Y PASTORES EN EL MITO CLÁSICO

El pastoreo fue el modo de vida que caracterizaba a los pueblos de vida y costumbres más primitivas, anteriores a la agricultura. El mito adjudicaba a los primeros tiempos del hombre la práctica de la ganadería y la recolección de frutos, según la concepción que se tenía de la evolución de la humanidad. En la Edad de Oro que glosaba Hesiodo el fértil campo producía todo tipo de frutos espontáneamente, y los hombres tenían grandes rebaños. Al principio, aquellos se amaban y miraban con buenos ojos, decía Platón, no había pugna por los alimentos, pues había pastos suficientes para las reses y leche y carne para todos. Al escribir sobre los orígenes de la humanidad, era común pensar que la propiedad privada fue el final de un proceso en cuyo comienzo la tierra había sido de uso comunal, existiendo la propiedad sólo para los bienes muebles, si bien había quien mantenía que la propiedad privada de la tierra siempre había existido. En el relato sobre el pasado, esta noción se condensaba en la convicción de que en los comienzos de una ciudad, por ejemplo, o de otra forma, en la sociedad arcaica, todos los ciudadanos tuvieron una mínima parcela de tierra, aunque los ricos se reservaron las tierras mejores y más grandes, lo que armonizaba con la extendida idea de que en sus principios la sociedad era modesta y por ende, incorruptible<sup>31</sup>.

De la misma forma, la Antigüedad acuñó el estereotipo de las relaciones contrapuestas y frecuentemente hostiles entre los campesinos de las tierras bajas y cultivables y los ganaderos de las llanuras herbáceas<sup>32</sup>. Así eran los cíclopes, seres sin ley ni normas de justicia o asambleas, que no cultivaban los campos, sólo recolectaban y vivían de sus ganados de ovejas y cabras, como Polifemo, o los cíclopes y lestrigones de la Sicilia más antigua, según los poetas. El mito describe

30 Fue Varrón uno de los que fijaron esta tradición sobre una Roma Arcaica, poblada por peregrinos y errantes, como huéspedes de ella, gracias a tus libros, Cic. *acad.* I.3.8; DH I.-84.1; Vell. I. 8. 5; Prop. IV.1.1. Así, con etiologías y etimologías adaptadas a las necesidades, en la tradición los sabinos, romanos y etruscos formaron el núcleo inicial del poblamiento, a través de las tres tribus primitivas, *tities*, *ramnes* y *luceres*.

31 Mitchell (1996).

32 En la Biblia, desde el propio episodio de Caín, pastor, y Abel, agricultor, el juicio sobre la conducta de los pastores es siempre crítico, *Gén.* 4.16; *Jerem.* 2.8; 10.21. Por citar ejemplo, desde los amoritas o martu de Akkad, los guti de los Zagros, a las llanuras sirio-palestinas del oeste, además aquí de la propia Italia (Brunt, 1971).

las peripecias de héroes que tenían grandes rebaños, que habían robado o no, y luego apacentaban y llevaban de un lado a otro. Se citan hatos de bueyes, de vacas, cabras, cerdos y por supuesto, de caballos. Cómatas de Turios, en el golfo de Tarento, Cáucaso, muerto por Cronos, Larino, pastor del Epiro, Melancio, cabrero de Itaca, Tirro, en cuya casa se refugió Lavinia, Fáustulo, pastor de Amulio, Filecio y Eumeo, que cuidaban los puercos de Ulises en Itaca. Las yeguas de Diomedes, rey de Tracia, los establos del rey Augias de Elide, los rebaños de Laertes, rey de Itaca y padre de Ulises, Pan de Arcadia, identificado con Fauno o con Silvano, dios de pastores y rebaños. La fisonomía de éste último, imaginada en el arte, fue arquetipo de la imagen del pastor: barbudo, de astucia bestial, rostro arrugado, velludo, de prodigiosa agilidad, rápido en la carrera, hábil en ocultarse, siempre buscando el frescor de las fuentes y la sombra. Con una notable potencia y actividad sexual, persigue a ninfas y muchachos indistintamente, y se le representaba con pezuñas de macho cabrío, el animal genésico por antonomasia.

Este era el temperamento pastoril, agreste y belicoso desde los tiempos en que héroes y dioses intervenían en los acontecimientos humanos. Hermes robó los bueyes de Admeto, rey de Feras en Tesalia, que guardaba su hermano Apolo. Herakles robó los rebaños de bueyes a Geriones, gigante de tres cabezas, que habitaba en el extremo de Occidente. Caco, monstruo igualmente de tres cabezas, que habitaba en una gruta del Aventino, robó a su vez ocho reses a Hércules, cuando éste pasaba por allí con el rebaño robado a Geryones camino de Grecia. La heroína Harpalice vivía en los bosques asaltando los establos de los pastores, hasta que éstos la capturaron y mataron. Ascanio, el hijo de Eneas, lucha con unos pastores aborígenes, que le reprochaban haber matado un ciervo domesticado. Lavinia, esposa del héroe troyano Eneas, muerto éste, se refugió en casa del pastor Tirro o Tirreno, para huir de su yerno Ascanio, que quería matar al hijo que ésta iba a tener y que sería heredero de Eneas. En casa de aquel pastor dio a luz a Silvio, cuyos ganados eran cuidados de los robos por Rómulo y Remo, hasta que un día los ladrones apresaron a Remo y lo llevaron ante el rey, como si Remo fuese uno de los ladrones que robaba el ganado de Númeritor<sup>33</sup>.

En el siglo I a. C. Lucrecio calificaba de dura y fuerte a la raza de los primeros hombres, dado que arrastraban su vida como vagabundos, a modo de alimañas, ocupaban las grutas silvestres de las ninfas, las cavernas de los montes y las selvas. En ese tiempo nadie araba los campos y todos vivían de la recolección de frutos, como vagabundos sin leyes ni costumbres. Sólo después los reyes fundaron ciudades y repartieron el ganado y las tierras, según la belleza, fuerza y talento de cada uno. Como se decía que había hecho Rómulo<sup>34</sup>. Para Aristóteles, el mejor pueblo estaba integrado por campesinos y pastores, las dos mejores formas de

33 Virg. *aen.* VII.483-492; VIII.190 ss.; Ovid. *fast.* I. 543; V. 643 ss. DH I. 29; 53; Just. 43.2.9.

34 Hom. *Odys.* IX. 107/115; 244; Tuc. VI.2.1. Verg. *aen.* III 617; 630; 642; 655;.

ganarse la vida, siendo además que los segundos estaban especialmente ejercitados para las empresas militares, por sus excelentes condiciones físicas y capacidad para adaptarse a la intemperie<sup>35</sup>.

El mundo de pastores y ganados está presente pues en el relato sobre los primeros tiempos de la Ciudad. A caballo entre los siglos iv y iii a.C. el siciliano Timeo derivaba erróneamente el nombre de Italia de un término griego que significaba bueyes, porque se pensaba que en los tiempos primitivos Italia había estado llena de rebaños de bueyes y ovejas, tesis que Varrón hizo suya, como *supra* vimos, viviendo la población en buena medida de su cuidado. En la colina del Palatino, desde los tiempos posteriores a la caída de Troya, vivieron grupos de pastores que celebraban fiestas en honor a Pales, diosa protectora de su actividad. En la tradición literaria, el bajo Tíber era zona herbácea muy apta para ganados como los del ya citado Caco, que guardaba en una espaciosa y sombría caverna en el Aventino. Marte, dios de la vegetación, de la regeneración y el vigor guerrero renovado, era representado vestido con pieles y llevando el cayado típico del pastor, en una antiquísima celebración del 14 de marzo que simbolizaba la despedida del invierno y la llegada de la primavera. Se trataba de las *mamuralia*, del artesano del rey Numa, Mamurio Veturio, que fabricó supuestamente las once *ancillae* o escudos para sumar doce con el del dios Marte. En aquella ceremonia había violencia, pieles, cayados y un carnero inmolado, elementos todos típicos de los pastores<sup>36</sup>.

En los tiempos de la analística, hablar de pastores era referirse a gente de condición servil, de vida semisalvaje y solitaria, lo que la convertía en pendenciera y abierta a la revuelta. Los sucesos transmitidos por la analistas y compendiados por Livio y Dionisio de Halicarnaso alimentaron el estereotipo de la condición de pastor, como gente de un talante aguerrido e impetuoso, dedicados a una actividad que basculaba entre la fuerza necesaria para su cometido, el control y cuidado de los ganados, y la violencia, el coraje y el carácter aguerrido y pendenciero, condiciones necesarias por lo demás para defenderlos, que adquirieron su forma final cuando se impregnó del mito<sup>37</sup>. En el año 185 hubo una revuelta de pastores en Apulia, que asolaban las propiedades y vías de comunicación con sus robos. El

35 Arist. *Pol.* 1319a.

36 Según Plin. *nat.* XVIII.11, todos las rentas de Roma eran llamadas pascua, porque durante mucho tiempo el pastoreo fue la única fuente de ingresos públicos. Véase Loicq (1964).

37 Hesiod. *Trab.* 111/121; Pl. *Leyes*, 679A; Lucr. *de nat.* V. 925/960; 1107/1110; en el mundo de Trogo todos los hombres eran iguales, no había esclavos, ni propiedad privada y todo era de todos, Just. 43.1.1-4. Livio cita a Fabio Pictor, Pisón, Coelio, Quadrigario, Antias, Macrón, y Tuberón. Posiblemente hizo uso también de historiadores del siglo II a.C., como Cassio Hemina y Cn. Gellio, a los que DH añade a Catón, Tuditano, Pictor, Cincio, Acilio, Pisón y Tuberón, y para sus primeros cuatro libros cita a Catón, Cincio, Pisón, Venonio, Cn. Gelio y Varrón, además de 24 historiadores griegos, 4 poetas y un filósofo para demostrar que Roma era una ciudad de tipo griego, y cita a DH I. 7.2-3, Cornell (Ed.) (2013).

pretor de la provincia de Tarento, Lucio Postumio apresó a 7000 de ellos, de los que muchos huyeron y otros fueron llevados al suplicio. Durante la guerra civil, Pompeyo reunió 300 esclavos y pastores armados a los que asignaba caballos, y ya muerto, su correligionario L. Domicio Enobarbo llenaba algunas naves de los marseleses, con colonos y pastores que había traído consigo desde sus propiedades. Durante la guerra en Hispania, Sexto Pompeyo llegó a reunir un contingente de 800 entre pastores y esclavos<sup>38</sup>.

Escribía Varrón que era habitual ver en los bosques a pastores jóvenes, generalmente armados. A su paso por Etruria, camino de Hispania, Tiberio Graco podía comprobar que aquella era tierra de labradores y pastores esclavos y bárbaros. De labradores y pastores libres llenó C. Mario hasta cuarenta naves de esa misma región. La propiedad de Aulo Cluencio en el Samnium y la de Marco Tulio en Thurios sufrían ataques periódicos de bandas de pastores armados, y C. Antonio Hybrida, cónsul del 63, Pompeyo Magno y M. Celio Rufo recurrieron a los pastores esclavos en Apulia y Thurios para sus empresas militares. Con Tiberio, año 24, esclavos salvajes que vivían en el monte y bosques alejados de las ciudades promovieron un tumulto en la región de Brindisi. Se tuvo que enviar a un tribuno con una fuerte tropa para sofocarlo. En fin, Roma temblaba por el gran número de esclavos que había y que crecía sin medida, mientras menguaba el de la población libre<sup>39</sup>.

Dentro del mundo de los ganados, la cría de caballos adquiría significado relevante. En Grecia, el caballo simbolizó el poder de la nobleza arcaica y su posesión pasó a ser un distintivo de supremacía en la guerra y la política. Al repasar la política de los tiempos anteriores, Aristóteles señalaba que la seguridad de los habitantes de un país dependía de la caballería y de una infantería bien armada, y que la cría de caballos era propia de los que poseían grandes fortunas, todo lo cual era típico de un régimen oligárquico. En algunas ciudades, aseguraba el filósofo, el gobierno estaba compuesto no sólo por los que llevaban armas, sino también por los que las habían llevado. Entre los griegos el primer gobierno posterior a la monarquía se componía de combatientes jinetes, pues la guerra tenía su fuerza y su superioridad en la caballería. En Eretria la oligarquía estaba constituida por *hippeis*, caballeros, cuando fueron desalojados del poder por

38 Livio, 39. 29. 8; Caes. *BC* I. 24.2; 56.3; III. 4.4; Brunt, *Italian Manpower*, p. 371. En el cuidado de los ganados la media era de un pastor por cada 80-100 ovejas, y más alta en las vacas o bueyes, Varr. *rust.* II.10.10.

39 La imagen de aquellos pastores era la de su tiempo: agresivos, levantiscos y fuera de ley, Livio, II.1.3-6; su rentabilidad, Cic. *off.* II. 89. Se unían a grupos armados, Cic. *Clu.* 161; *pro Tull.* 18/22; Ascon, 87C; Caes. *BC*. I.24.2; 56.3; 58.4; III.4.4; 21.4; Varr. *rust.* II.10.1; Tac. *ann.* IV. 27. Dos pastores fueron escogidos para que asesinaran a Tarquinio Prisco a fin de que no pudiera dejar el trono a su yerno Servio Tulio, Livio, I.40.5; *praeftatio*, 4-5; Los escritores griegos anteriores a Fabio Pictor, en Poucet, *Les origines de Rome*, pp. 57-59.

Diagoras, y la Calcídica era llamada la tierra de los mantenedores de caballos, *hippobotai*, sobrenombre con el que se calificaba a los ricos.

En una República, el gobierno lo tenían aquellos que manifestaban las mejores aptitudes y condiciones para la guerra, algo que solía darse en la mayoría de los ciudadanos, pero sobre todo en aquellos capaces de costearse el mejor equipo de armas completo y dedicar el tiempo necesario para su servicio, lo que sólo ocurría entre los ciudadanos de censo alto. Tanto el caballo como su mantenimiento corrían a cargo de los terratenientes, y en Atenas la *hippotrophia* o alimento para el caballo era una liturgia en el siglo iv, mientras que en Roma era el estado el que proveía caballo y alimento, *aes hordearium*, que suministraba al jinete. De la misma forma, sólo los ricos podían costearse el mejor equipo militar de la infantería, por lo que también este ámbito era dominio de las oligarquías<sup>40</sup>.

Aseguraba Aristóteles que en algunas ciudades como en la Atenas de Solón, en los primeros tiempos los artesanos no participaban en las magistraturas, pues la cuarta clase del censo estaba excluida, hasta que llegó la democracia en su forma extrema. Así, mientras que en Roma los patricios y sus clientes eran el *populus*, esto es, los ciudadanos con plenos derechos, propietarios de tierras y ganados, por su parte la *plebs*, integrada por los artesanos, obreros, comerciantes y gente así, demasiado pobres para cualificar en la legión, constituían los *infra classem*, al margen de ese *populus* y de las clientelas de los patricios.

A mediados del siglo v en Roma bueyes y ovejas como indicaba Varrón, seguían siendo valor de cómputo de las multas. Para Catón el Censor, primera mitad del siglo ii, los ganados eran más rentables que los cultivos. Tierra y ganados cualificaban para la plena ciudadanía, de modo que vivir de otras actividades, como la industria o el comercio, suponía lo contrario, algo indigno, pues Rómulo fue pastor, tuvo ganados, practicó la caza y saqueó los caminos con su banda, y ya como rey distribuyó la tierra de la ciudad que fundó entre quienes le acompañaron desde el principio<sup>41</sup>. En Roma el caballo aparece conectado a las tropas selectas, los *celereres* de la monarquía, y más tarde, en la República, con los cuerpos de caballería formados por miembros del censo más alto y distribuidos en dieciocho centurias,

40 Herod. V. 77. 2; Tuc.I.2, Arist. *Pol.* Arist. *Pol.* I. 1256a35; III.1279b4; 1297b7-10; Iv1289b36; VI. 1306a35-36; Jenof. *Oec.* II.6; «el gobierno debe estar constituido sólo por los que tienen armas... en cuanto a la renta, ésta no puede limitarse de manera absoluta, sino que debe fijarse de modo que sean más los que participan en el gobierno que los que no participan» Cría de caballos en Grecia, Gallego (Ed.) (2003). En el Cerámico y en el ágora se encontraron tabletas de plomo con los nombres de los *hippeis* sometidos en Atenas a la *dokimasia* anual de su caballo, igual que la *recognitio equitum* de Roma, para quienes tenían un caballo público, Adam y Rouveret (1995).

41 Por la *Lex Aternia*, del 454 a. C., del cónsul Aulo Aternio Varo, la multa más alta estaba fijada en treinta bueyes y dos ovejas cada día, Gell XI.1.2. Parise (1991), Gagé (1978), Manfredini (1976); Arist. *Pol.* III.1277b12; DH II.28.2; IX.25.2; Cic. *off.* II.89. Plut. *Cá. Ma.* IV.4; 21.5; *Ascon. tog. cand.* 83; Varr. *rust.* II.1.6; Colum. *praef.* 1-5; Shatzman (1975), Yeo (1948), Momigliano (2005). A. Alföldi (1965), Gage (1970).

las seis más antiguas, supuestamente vinculadas a Rómulo, y las doce *posteriores*, de los siguientes monarcas. Estaríamos por tanto ante una aristocracia que iba a la guerra a caballo. Pero hay algunas objeciones a esta hipótesis. La tradición sobre la caballería romana habla de tres centurias *prior*es de jinetes creadas por Rómulo, a razón de cien por tribu, los 300 *celer*es que custodiaban a los reyes. Iban al combate con dos caballos, y se sumaron a otras tres centurias creadas después, *posteriores*, que llevaban sólo uno. En la asamblea centuriada de la República estas seis eran los *sex suffragia*, que emitían su voto tras la *prima classis*, mientras que otras doce centurias ecuestres que se añadieron a estas seis durante la monarquía, lo hacían con la *prima classis*. Si este orden en el voto es reflejo de jerarquía, la aristocracia romana no fue de jinetes sino de infantes bien armados, apoyados por sus clientes, sin excluir que algunos de sus miembros tuvieran un caballo pagado por el estado<sup>42</sup>. Pero dado que hoy nadie considera que el sistema centuriado reflejado por la tradición se fecha con Servio Tulio, es posible que la jerarquía que muestra sea la de finales del siglo iii y no la de los tiempos anteriores a la República<sup>43</sup>.

Rómulo y Remo fueron el paradigma de este tipo de vida, y antes que ellos el de los también hermanos Amulio y Numitor, de Alba Longa, que tenía sus establos, como Caco, en el Aventino. Plutarco, que dice tomar la noticia del griego Promation, indicaba que los gemelos fundadores lideraban una banda de ladrones, mientras vivían con los pastores y ellos mismos más tarde llegarían a poseer ganados, como nos indica entre otros el senador e historiador de la primera mitad de siglo ii a. C. Cayo Acilio<sup>44</sup>. En otra fuente se suavizan sus actos de juventud, y se indica que ambos estuvieron al frente de una pacífica banda de pastores, *imbellis pastoralis manus*, que unida a etruscos de Veyes y a sabinos, participaron en la fundación de la Ciudad. Pero esa misma tradición nos recuerda que para matar a Tarquinio Prisco se eligieron a dos violentos pastores —*ferocissimi*— uno de los cuales descargó su hacha sobre el rey y luego salieron huyendo. Para Cicerón toda esta tradición sobre un Rómulo, hombre feroz y muy

42 Livio I, 15, 8; Plut. *Rom.* 26; Zonaras 7, 3, 4; Granius Licinianus, p. p.2 Flemisch; Festus, 247L; Cic. *rep.* II.39; Momigliano (1966). Para Alföldy (1965), la nobleza romana, como la griega, era ecuestre.

43 Los *celer*es eran 300, uno por cada *gens*, e iban a caballo o a pie, según convenía a cada caso, DH II.13.1; 3; Livio, I.15.8. Aunque la creación del censo y la clasificación por riqueza de la población es atribuida a Servio Tulio, no se acepta hoy que fuera anterior al siglo iii a. C. *vid.* Hill (1938), Momigliano (1969). Los miembros de aquellas centurias ecuestres recibían un caballo del estado —*equites equo publico*, Cic. *rep.* II. 36; Livio, I.36.7— que debían mantener y cuidar a sus expensas, aunque con ayudas públicas para la compra de cebada.

44 Plutarco, que dice tomarlo del griego Promation, indicaba que los gemelos lideraban una banda de salteadores, mientras vivía con los pastores, Plut. *Rom.* 2; 21. Verg. *aen.* VIII. 192/194; 203/207; Gell. VI.14.9; Plut. *Ca. Ma.* 22.4; Cic. *off.* III. 111; Livio, *per.* 53; DH. I.39 ss.; Ovid. *fast.* I. 543; V. 643 ss.; Just. 43.2.9.

fuerte, criado y educado por pastores, que llegó a ser líder de una banda, era una realidad creada por los poetas. La de los historiadores comenzaba después, con la toma de Alba Longa y la muerte de Amulio. Ambas realidades eran compatibles, como dos formas diferentes de interpretar las cosas<sup>45</sup>.

#### 6. FUNDACIONES Y FUNDADORES. EL RELATO GRIEGO.

*Supra* dijimos que para Dionisio de Halicarnaso Roma no fue más que una *polis* griega, una colonia, y establecía la siguiente sucesión de ancestros. Los primeros en llegar fueron los aborígenes, que lo hicieron guiados entre otros por Enotro de Arcadia, hijo de Lycaón, diecisiete generaciones antes de la Guerra de Troya —a 27 años por generación, hacia 1400—. Llegó al Tirreno donde había tierra apta para el cultivo y el pastoreo y poca población, y allí edificó pequeñas ciudades contiguas en las montañas, el modo habitual de residencia entre los antiguos. Después de los aborígenes vinieron los pelasgos desde Hemonia o Tesalia, con el arcadio Evandro de Palantion, hijo del dios Hermes y una ninfa local, sesenta años antes aproximadamente de la Guerra de Troya —1250 a. C.—. Poco después de Evandro, acabada la Guerra de Troya, vino Herakles y se asentó en una colina a tres estadios de Palanteon, la colina de Evandro, que luego se llamó Capitolio. Con Herakles vinieron colonos peloponesios, feneatas y epeos de la Elide, al oeste de Arcadia, y elementos troyanos de cuando Herakles tomó aquella ciudad<sup>46</sup>.

Y por fin, tras Herakles vino Eneas, hijo de Venus y Anquises, y los suyos, desde Troya, buscando un territorio donde instalarse. Su paso por el Adriático lo confirma la tradición por la colina Troia, en Butroto, en el Epiro. Desembarcado al sur del Lacio, trabó relaciones amistosas con Evandro, según la versión virgiliana, o con Latino, el rey de aquellos territorios, que le dio a su hija Lavinia en señal de amistad y alianza, y un espacio donde asentarse. Eneas fundó el primero de un total de treinta asentamientos fortificados, *pirgois*, el primero de ellos Lavinio —1151 a. C.—, en honor a su esposa, y treinta años después, su hijo

45 Diod. VIII.4.1-2; Rómulo y Remo, pastores, Tzetzes, in *Lycoph. Alex.* 1232; Cic. *rep.* II.4; Plut. *Rom.* 2; 3; 6; 7; 21; Timeo, en su *De rebus populi romani*, según Gell. XI.1.1; sobre tal riqueza, Plin., *nat.* XVIII.3.11; Livio, I.4.4-9; 6.3; 7.4-8; 8.5-6; 40. 5; II.1.4; V.53.8-9; DH I.2.1; 35; 37; 39; 79.9; 79.12; Verg. *aen.* VIII. 190/267; 342; Ovid. *fast.* I. 543-578; Plut. *Rom.* 9.3; Juv. VIII.274; Vell. I.8.4-6; Just. XLIII.2. 6; A. Grandazzi, *La fondation de Rome*, Paris, 1991, pp. 188 y 256; Praeneste y Roma fundadas por bandas de pastores predadores, A. Carandini, *La Nascita di Roma: dèi, Lari, eroi e uomini all'alba di una civiltà*, Torino 1997, p. 474; Igualmente Diodoro de Sicilia admitía el relato de Eneas, sus hijos Silvio y Ascanio y unos Rómulo y Remo, bellos y fuertes, moderados y sociables, que protegían los rebaños contra los bandidos, por lo que los pastores de la región reconocían su liderazgo, Diod. VII.4.8; VIII.4.

46 Expedición para buscar tierras, criar ganado, con poca población, varios asentamientos, DH I. 11.2; 31.1; 34. 1-2; 60. 3. Para Poucet (1985), la tradición sobre Evandro es del siglo iii/ii a. C.; Bianco y Preite (2014).

Ascanio fundaba Alba Longa, más al norte. Todos ellos, troyanos y aborígenes, substituyeron sus gentilicios por el de latinos. Tras Ascanio y otros reyes albanos, reinó finalmente Aventino y los hermanos Amulio y Numitor, cuya hija, Rea Silvia, la sacerdotisa de Hestia, engendraría de Ares, a Rómulo y Remo. Amulio, el hermano menor, arrebataría el trono a Númerio, que lo recuperaría años más tarde. Este es en síntesis, el relato prefundacional de Dionisio<sup>47</sup>.

El relato de Dionisio llega pues, al momento de la fundación. Ésta se produce como resultado final de un proceso homologable a los modelos coloniales griegos. Los romanos tomaron esta versión y la adaptaron a los modos de vida que presumieron para los tiempos arcaicos: los ganados, el pastoreo, la agricultura y las creencias en general, en suma, el pasado transmitido por la analítica y los anticuarios hasta el final de la República. Desde la perspectiva de un pasado imaginado como fundamento del progreso de un pueblo, de unos tiempos recreados como modelo para las generaciones siguientes, la exaltación del orgullo nacional debía despejar los momentos genéricos e imprecisos y relegar las actividades colectivas que pudieran oscurecer el brillo y mérito de la gesta individual y específica. Se debía dar paso a un relato de tintes heroicos y épicos, articulado con personajes, hechos, lugares y fechas concretas, urdido para satisfacer las expectativas de los lectores que se consideraran beneficiarios del legado de aquellos tiempos remotos<sup>48</sup>.

El proceso colonial griego, en sus puntos esenciales, fue imitado por Roma en todas sus fundaciones, desde las colonias agrarias o militares, *ex novo*, hasta la instalación de los campamentos. Es oportuno por tanto conocer las características del primero. Podemos empezar diciendo que las colonias griegas fundadas entre los siglos viii y vi fueron consecuencias de guerras, conflictos internos, hambrunas y falta de tierras. Pero ya antes de ese tiempo hubo migraciones que se remontaban a épocas incluso anteriores a la destrucción de Troya y enlazaban con los viajes de

47 DH I. 31.2; 45.1-2; I.59.1; 60.3; 63.1; 65.1; 66.1; Livio *praef.* 6-7; I. 2.4-5; I.1. 5-11; Carandini (1997), Castagnoli (1982). Ascanio, hijo de Eneas, fundaría más tarde otra vez Alba, 30 años después de la fundación de Lavinio, DH I.33.5; 34.1; Zon. VII.8; Tzetzes, in Lycophr. Alex. V. 1232. 11-12; Str. V.3.2. Se asignan a los doce reyes albanos que gobernarían entre la caída de Troya —1190 a. C.— y la fundación de Roma —751 a. C.—, un total de 439 años, Vell. I.8.4, lo que da una media de 36,5 años, próxima a los 34,8 años de los siete reyes romanos. Aunque para Gell. XVII.21.3, las fechas fueron otras, pues Homero y Hesiodo vivieron antes de la fundación de Roma, 160 años después de la guerra de Troya, o sea en el 1024, según Casio Hemina, o 160 años antes de la fundación de Roma. Para Poucet (1985), la tradición romana sobre el arcadismo es del siglo iii/ii a. C.; Laroche (1982).

48 En el mundo antiguo el origen de las ciudades de renombre era la fundación, no cabía otra forma de comienzo, según el modelo colonial griego o romano, e incluso a veces eran refundadas, como se hizo con Constantinopla, la nueva Roma de Constantino, o con Puteoli, Ampolo (2013); Ungern-Sternberg (2011). «Desde su fundación, Roma dio numerosos ejemplos de hombres virtuosos y ninguna otra ciudad pudo ofrecer ejemplos de hombres más justos y piadosos, moderados durante toda su vida, y mejores luchadores que aquellos», DH I.5.3.

los *nostoi*. Así, por las malas cosechas emigró desde Lidia con los suyos Tirreno, hijo del rey Attys, a las tierras de la actual Toscana, frente al mar al que dio su nombre, pasando a nombrarse como tirrenos o tyrsenos, de la misma forma que el *oikistes* o fundador Ion dio nombre a los jonios y Dorieus, a sus seguidores, los dorios. En otros casos, las nuevas fundaciones adoptaron los nombres de sus metrópolis, como vemos en Megara Hyblea, Locrii Epizephyrus o la Troia de los vénetos, fundada por Anténor, o derivados del mismo, como Palatino de Palantion o la homófona Roma de Rómulo<sup>49</sup>.

Los colonos se ponían bajo la protección del dios Apolo, cuyo oráculo se consultaba antes de emprender el viaje. Un acto como arrebatar la tierra ajena, algo frecuente en la aventura expedicionaria, sólo podía justificarse si tal acción era acorde con la voluntad del dios. Consumada la ocupación, ésta se legitimaba mediante el mito de que posiblemente las tierras ahora tomadas en realidad en el pasado habían pertenecido a algún héroe griego. Así, la legitimidad de Rómulo para tomar el lugar fundacional venía de su posición como nieto de Númeritor, rey de los latinos y de Alba Longa. Recibió el lugar como regalo de sus poseedores, igual que antes Eneas lo recibió de Evandro. Ahora Rómulo lo recibía de Númeritor, Latino o Tacio<sup>50</sup>.

Los asentamientos fueron pequeños, acorde al número de expedicionarios —uno o dos barcos—, el espacio de una colina con defensas naturales y acceso escarpado, en algún islote próximo a tierra firme, o junto a un río, algo al interior, dominando el llano y con terrenos de cultivo cercanos, y poca presencia nativa, por si la diplomacia daba paso a la fuerza y se procedía al desalojo de la misma<sup>51</sup>. Los líderes, elegidos por los gobiernos de las ciudades desde las que partían, constituían un gobierno minoritario, con los derechos y privilegios que daba su posición de mando entre expedicionarios, la población nativa y los colonos que después fueran llegando. Solían ser nobles enfrentados a los gobiernos locales, a punto de exiliarse. Así fueron Bato de Tera, del que luego hablaremos, según el libio Meneclis de Barca, que escribe en el siglo ii a. C., los *oikistai* Pentatlo de Cnido y el espartano Dorieo, ambos del siglo iv. El mismo Odyseo y otros que según Homero, al regresar de Troya, se encontraron sus ciudades gobernadas por usurpadores y tuvieron que emprender guerras para recuperar el poder en las

49 Tuc. IV.102.3; Livio, I.1; Arist. *Pol.* 1290b. Se trata de dos colonizaciones, una poco después de la guerra troyana —en 1156 a. C.— y otra 15 generaciones después de la anterior —751 a. C.—, DH I. 73. 3; Graham (2008). Año 26 d. C., los de Sardes, para convencer al senado de que su ciudad era la ideal como emplazamiento de un templo dedicado a Augusto, invocaban su parentesco con los tirrenos, ya que su fundador Lido y Tirreno, eran hijos del rey Attis, Tac. *ann.* IV.55.3; para los pelasgos; 27.2; I.28, Murray (1983), Fine (1983).

50 Herod. V.42.2; Tuc. III.92.5; Graham, *The colonial expansion*, pp. 144 y 145; Fine, *Ancient Greeks.*, p. 91.

51 Boardman (1964), Graham (2008), Murray (1983).

mismas. Si el asentamiento se consolidaba, el *oikistes* y sus allegados constituían una pseudo-nobleza, cuya legitimidad y cualificación para gobernar sería con el tiempo reivindicada por los descendientes, aquellos que se reclamaban como pertenecientes al grupo de los colonos primitivos. Al servicio de este derecho se exhibían las fórmulas aristocráticas conocidas, como la exhibición de las complejas tramas genealógicas que les unían a los primeros colonizadores<sup>52</sup>.

Las expediciones que agrupaban patrias y estirpes distintas no permitían la imposición de unas instituciones en vez de otras, por lo que el mejor sistema para facilitar la viabilidad de grupo a medio plazo, era adoptar y subrayar los elementos comunes participados por todos como base del modelo de gobierno, y entre éstos elementos solía prevalecer la valoración de un censo de mayor o menor riqueza. De modo que la diferencia de censo determinó el modelo de gobierno del asentamiento colonial, y quienes debían liderarlo, imitando con ello los paradigmas de la madre patria. Fueron frecuentes por tanto las plutocracias, con una participación mayor o menor de los nuevos ciudadanos en función del censo exigido. Así, gobernaron los más ricos, con grandes minorías, en las Mil Casas de Cumas, en Locrii Epizephyrii y en Colofón; los 600 miembros del *synedrion* de Massalia, o de Heraclea Pontica, que eran remedos de modelos de la Hélade como las Cien Casas de Opus, de los locrios orientales, la asamblea de los 180 en Epidauro, y hasta los Cinco Mil de la Atenas posterior a la Guerra del Peloponeso. Pero lo habitual fueron cifras más bajas que ésta última, asambleas de entre los mil y tres mil ciudadanos, que Aristóteles describía como las nuevas oligarquías que disolvían las viejas oligarquías tradicionales<sup>53</sup>.

52 DH I.45.2; 71.5; 85.2-3; 85.6. *Oikistai* nombrados como reyes, Herod. I. 147. Bato, *basilisus*, que reinó 40 años y su hijo Arcesilao, 16, Herod. IV. 159; 161. El noble corintio Falio funda Epidamno. Archias de Siracusa, Chersicrates de Corcyra, los dos Bacchiadas de Corinto, Pentathlus y Dorieus, que fundan Cinipe, en Libia, o Eurileon, que captura y gobierna sobre Selinus, todos ellos considerados distinguidos y con talento, Herod. V.42; 46; Diod. V.9; Graham (2008). En la fundación de Himera hubo una facción de siracusanos fugitivos, los milétidas, Tuc. VI.5. A Atenas iban exiliados políticos de toda Grecia, Tuc. I.22. Sino y Barca, ésta en Libia, fueron fundadas por exilados políticos, Ps.- Scymnus, 994-997 Diller. Roma, como colonia de Alba, Poucet (1985). Herod. V.46.1; Cátulo, 65.17; Fine, *Ancient Greeks.*, p. 90; Meneclis de Barca da una versión de la fundación de Cirene que contradice a Heródoto, Jacoby, FGH, 270 F6. Según Meneclis, *apud schol. ad Pind. Pyth.* IV. 10, Bato tuvo que marchar por guerra civil en Thera, y Apolo le prohibió regresar. Estuvo dos años en la isla de Platea, 6/7 en Aziris, ya en la costa, y en 631 fundó Cirene. La salida de Tera es hacia el 640. La versión de Justino, XIII.7 es mezcla de la de Heródoto y Meneclis. Siendo pocos, los primeros que llegaron a Tera, superaban en nobleza a muchos y ocupaban los primeros puestos de honor, Arist. *Pol.* 1290b.

53 Reyes y aristócratas en las colonias, Herod. I. 147; Str. X.1.8; Pol. XII.5; 6 ss.; Plat. *Leyes*, IV. 708B-C.; Diod. XII.9. Cifras elevadas se citan en Cumas, Colofón, Jenof. *apud Athen.* xii.31; Arist. *Pol.* 1303b15; Opunte, Crotona, Acragas y Regio, Diod. xii. 9.4; Timeo, *fr.* 88 FHG I, p. 213; Tebas y Orcómenos, Plut. *mor.* 412B; Tanagra y Tespis; Epidauro, Plut. *mor.* 291C. Hay quien, como Vatin (1984), dice que tales números sólo eran teóricos o indicativos, lo que no invalida el

Llegados al lugar elegido, el líder practicaba el ritual necesario para llevar a buen término la fundación. El *oikistes* Nausitoo, hijo de Poseidon y rey de los míticos feacios, construyó las casas y templos de la nueva ciudad, la protegió con un muro y finalmente, distribuyó la tierra entre los nuevos habitantes. Cuando Rómulo creyó que todo se había hecho conforme a los deseos de los dioses, dibujó un cuadrado alrededor de la colina mediante un arado tirado de un buey y una vaca, donde iría la futura muralla. Una vez que todos estuvieron distribuidos en tribus y curias, dividió la tierra en 30 lotes iguales, dando un lote a cada curia, tras reservar tierra suficiente para templos y recintos sagrados, y una porción para uso público, una división que comportaba la mayor igualdad cívica<sup>54</sup>. El mismo proceso que antes siguiera el mítico Licurgo en Esparta. Aunque nuestros datos sobre el modo de posesión de la tierra dentro del grupo inicial, son escasos, pues los ejemplos que nos han llegado son posteriores, en Megara Hyblaea los lotes repartidos al principio fueron iguales para todos, como parece constatarse también en Cirene según veremos, lo que contrasta con las diferencias económicas que se perciben en las tumbas arcaicas de Pithecusas o Cumas. Parece lógico por tanto pensar que en una parte de las fundaciones primitivas el trato a los colonos no fue igualitario y desde el principio se consolidaron las diferencias que unos y otros ya traían desde la metrópoli<sup>55</sup>.

La ausencia de mujeres en las expediciones obligaba a la unión con las nativas y el relato mítico procesaba este tipo de episodios mediante la fórmula del rapto. Por lo demás un modo de unión matrimonial practicado en muchas comunidades primitivas. Los nuevos pobladores raptaban las doncellas que necesitaban de los pueblos vecinos, de modo que no quedara duda de quienes asumían los roles de dominadores y dominados. Los milesios raptaron a las mujeres carias, tras matar a sus padres, y la Iliada no fue sino la historia y desenlace de un rapto, el de Helena, esposa de Menelao de Esparta, por Paris, hijo de Príamo de Troya. Rómulo y sus seguidores alentaron y consumaron el rapto de las sabinas, por el desdén que los romanos sufrían por parte de sus vecinos, reacios a que sus mujeres se unieran con los romanos, gente de origen oscuro y advenedizo. Un segundo episodio, no menos fábula que el anterior, tiene lugar tras el abandono de Roma por los galos, que obligó a Camilo a actuar en su tercera dictadura. Esta vez el rapto fue a cargo de los latinos y las víctimas, las doncellas romanas. Todo acabó en una masacre

---

hecho de que fuese cual fuese el número real, seguían representando una parte más o menos significativa del total de varones susceptibles de ejercer como plenos ciudadanos en su ciudad. Str. IV. 1.5; Arist. *Pol.* 1305b3; Arist. *Pol.* 1305b2/1307b11. Poucet (1985), Graham (2008).

54 Hom. *Odys.* VI.7-11; DHI. 88. 2; II. 7.4. Más tarde, la distribución de las tierras la hacían los *geónomoi*, y los modelos regulares de las colonias arcaicas griegas son comparable con los de la colonización romana (Graham, 2008); la leyenda de Rómulo en líneas generales es comparable a todos los relatos que glorifican a los fundadores legendarios de ciudades (Liou-Gille, 1980).

55 Str. X.447, Graham (1971, 2008).

de los primeros, por la intervención de una ingeniosa esclava. Finalmente, en el 171, el pretor L. Canuleyo legalizó a los hijos habidos entre las nativas y los colonos de la recién fundada Carteia. Sospechosa coincidencia la del nombre del pretor del 171, con el del 445, C. Canuleyo, que apenas cuatro años después de la aprobación de las Doce Tablas, que prohibía el matrimonio entre patricios y plebeyos, anuló tal prohibición, dejando un panorama más acorde con la realidad social de los tiempos posteriores<sup>56</sup>.

Una misma expedición podía fundar varias colonias, como Troia de Italia y los treinta asentamientos atribuidos a Eneas, la docena de ciudades atribuidas a Diomedes, además de Lanuvio, y a su vez, de estas fundaciones surgir nuevas iniciativas coloniales, como sabemos de Massalia, pero sobre todo de la misma Roma, al fin y al cabo, hijuela de Alba Longa, fundada por Ascanio o Julio, y ésta a su vez, por Lavinio de Eneas, oriundo de Troya<sup>57</sup>. Tras su muerte, el fundador recibía culto como héroe en la creencia de que ya era inmortal y cuidaría del bienestar de la colonia. Por dos ocasiones Eneas es sustraído a la muerte ante Aquiles gracias a Apolo y Poseidón, que le hacen desaparecer, y según una versión muere, tras regresar a Troya y reinar en ella, aunque finalmente tampoco murió definitivamente, sino que sólo desapareció. Otra versión le disipa en combate contra rútilos y etruscos, junto al río Numicio, cercano a Lavinio, sin que su cuerpo apareciera. Se reencarnó como el dios Júpiter *Indiges*<sup>58</sup>. Sobre la muerte del fundador Rómulo corrieron varias versiones. *Sensu strictu*, no tuvo la muerte de los humanos, sino que se desvaneció en el aire. Estando en combate, una tempestad se cernió sobre el Campo de Marte, envolvió a Rómulo con una densa niebla, y cuando ésta se aclaró había desaparecido, por lo que se le dio la condición divina. Otra versión indica que fue eliminado por los suyos, por su crueldad, que le hacía gobernar como un tirano. Finalmente, el propio Rómulo reveló al ciudadano Julio Prócuro que se había reencarnado en el dios Quirino<sup>59</sup>.

## 7. EL RELATO FUNDACIONAL

Hasta aquí el relato de la fundación y las noblezas heroicas. Escribía Platón que las fundaciones que agrupaban gentes de diversas procedencias aseguraban comienzos arduos y difíciles, pero aseguraban comunidades más abiertas y

56 Just. XLIII.3.2; Livio, I. 9; Plut. *Cam.* 33; Herod. I. 4; 146.2-3, el rapto de las sabinas, DH II.30.5; 37.3; 45.2; Graham (2008), Murray (1983), Muñiz Coello (2018), L. Canuleyo, Livio, XLIII.3.2; C. Canuleyo, Livio, IV.1.1, 445.

57 Fine (1983); Pasqualini (1998), bibliografía de Diomedes, en p. 664, n. 2; Castagnoli (1982).

58 Livio I.2.6; Ovid. *met.* XIV. 581 ss.; DH I.53.4; 64.3; 5.

59 DH II.56.2-3; 63.3-4; Livio, I. 16; Herod. VI. 38.1; Tuc. V. 11.1; Callim. *Aetia* (A 52) fr. 43, 54-65, 72-83. Rómulo desapareció, DH.II.16.2; Graham (2008); Fine (1983). La tesis del origen sabino de Quirino hoy está desechada, Poucet (1985), Briquel (1986).

adaptadas a cambios y normas diversas, aunque para ello se necesitara de más tiempo. Una comunidad de este tipo era lo que Catón el Censor consideraba que había sido la Roma de los comienzos, al margen de gestas individuales. Indicaba éste que la República no fue obra de un solo hombre sino de muchos, y no de una sola generación, sino que se fue configurando desde la monarquía, a diferencia de otros lugares en los que las leyes se atribuían a ciertos personajes. Y señalaba a Minos en Creta, Licurgo en Esparta, Teseo, Dracón, Solón y Clístenes en Atenas, e incluso a Demetrio de Fáléron, de finales del siglo iv. Catón rebajaba el papel de los grandes personajes y las gestas individuales como impulsores determinantes del devenir histórico. Esto último, los grandes personajes y sus actuaciones heroicas, formaba parte del discurso de la analítica consultada más tarde por Livio y Dionisio, el discurso de la nobleza patricia, que contrastaba con la opinión del Censor, de ascendencia plebeya. Unos años más tarde Polibio escribió que fue con los decemvros a mediados del siglo V, cuando los diversos elementos del régimen alcanzaron su perfección, culminando dos siglos y medio después, en tiempos de Anibal. Confesaba el griego que la constitución romana era difícil de entender no tanto por su contenido, como por la ignorancia de su evolución en los tiempos anteriores al menos al año 300.

Catón y Polibio tenían en común que ambos descartaban las gestas individuales, los episodios gloriosos y la calidad de ciertas estirpes en la formación de los estados, separándose del modelo explicativo tradicional. Pero este modelo interpretativo no fue el asumido por la mayoría, siendo pocos los autores que se interesaron en saber sobre sus ancestros y que vieron con agrado lo que de ellos escribieron los griegos. Es más, incluso Catón, que en sus *Orígenes* estudió la monarquía y el nacimiento de las comunidades itálicas, pese a reivindicar a la Italia de los sabelios como motivo de orgullo nacional, ni siquiera él, decimos, dudó de que las primeras generaciones de los aborígenes procedieran igualmente del Mediterráneo Oriental, o que los mismos sabinos descendieran de Sabus, el líder gentilicio nacido en Esparta. Hubo por tanto un sentimiento de pertenecer a un pueblo de origen mixto, pero de gentes del otro lado del Mediterráneo<sup>60</sup>.

Los textos dicen que hubo colonias romanas desde al menos finales del siglo vi, con un total de dieciséis asentamientos entre el 501 y 382<sup>61</sup>, y una docena

60 Pol. I.6.3-8; VI.3.3; 4.4; 11.1; Cic. *rep.* II.2; 24; 37; Pl. *Leyes*, 704A; Nep. *Cat.* III.3-4; Raaffaub (2006); Gabba (1968), Letta (1984). Plebeyos que, como Cicerón o Catón, no podían jactarse de un pasado patricio, igual que rechazaban las proezas individuales, consideraban irrelevante que los reyes de Roma no procedieran de la Ciudad; para Cicerón, sensible a estos temas de *status*, lo importante era su valía y sabiduría. Los historiadores griegos y latinos nos han dejado retratos de hombres de extrema energía para conocer e imitar, Cicerón, *pro Archia*, 15; Tac., *Agr.* 1.1-3; DH I.1.2; DH I. 11.1; 13.2; Gruen (2006).

61 Livio, II. 16. 8; 21.7; 31.4; 34.6; III.1.1/7; IV.11; 47.6/7; V. 24. 4; 29.4; VI. 16. 6; 21.4; DH V.60.4; VI. 42.3/43.1; IX.59.2; XII.34.5; DS. XIV.34.7; 102.4; Suet. *Vit.*1.3 Vell. I.14.2.

más para vigilancia de la costa próxima, *coloniae maritimae* hasta el 218. Desde los Gracos, último tercio del siglo ii, proliferaron además los asentamientos de veteranos y proletarios, tanto en Italia como en las provincias ultramarinas. La explicación del origen de una comunidad surgida mediante una fundación, permitía hablar de un acto concreto, ocurrido en un lugar y en un momento preciso, a cargo de uno o varios actores, y de las vicisitudes, hazañas y proezas que podían haber tenido lugar para llevar a feliz término la empresa. Ese tiempo o momento se consideraba sagrado, por lo tanto el nacimiento de una ciudad, o de cualquier otra ciudad o colonia, era canonizado y en este ambiente se narraba. Un autor diestro y experimentado podía subrayar la grandeza y estirpe de una villa de orígenes ignorados. La tradición concibió para Roma, como para Troya, Cartago y luego Alejandría, unos orígenes de este tipo, acordes a la grandeza posteriormente alcanzada, la fundación *ex nihilo*, como cabía de esperar para la ciudad que gobernaba el mundo conocido<sup>62</sup>.

El momento de la fundación de Roma fue referido a dos grandes hitos de datación absoluta, el comienzo de las olimpiadas, año 776, y la destrucción de Troya, año 1183. La relación temporal con cualquiera de ambos hitos se expresaba en olimpiadas —cuatro años— o generaciones, de duración variable. Por causas que desconocemos el suceso se fijó dieciséis generaciones después de la caída de Troya, tiempo en que gobernaron trece reyes albanos —invención para cubrir esos 432 años—, en el segundo año del reinado de Numitor, abuelo materno de los gemelos. Estos, saliendo de Alba Longa, llegaron en expedición hasta Palanteon y Saturnia —Palatino y Capitolio—, y allí fundaron Roma, en el año 1 de la VII Olimpiada (751 a. C.). La fundación es descrita cumpliendo con el ritual que a finales de la República todos conocían para las colonias de veteranos. Se fijó el día propicio, se consultaron los augurios, se dibujó un cuadrado alrededor de la colina elegida, mediante una yunta tirada por una vaca y un buey, y finalmente se sacrificaron ambos animales a los dioses previstos. En aquella fundación participaron 3.000 infantes y 300 jinetes, mil y cien respectivamente por cada una de las tres tribus primitivas que participaron en la fundación<sup>63</sup>.

---

Forsythe (2005).

62 «La preocupación por los intereses particulares que siempre fueron e irán en detrimento del bien común, hicieron triunfar a Apio Claudio», Livio, II.30.3; Syme (1939), Eliade (1992), Poucet (1985); la colonización alcanzó tal escala que afectó a toda Italia a lo largo de varias etapas (Gabba, 2008).

63 Sal. *Cat.* 6, mezcla ambas leyendas y habla de griegos y aborígenes, y de vagabundos y gente sin domicilio fijo. Para él los aborígenes eran una raza salvaje de hombres sin leyes, sin mando, libre y sin freno. Y la fusión de gentes de lenguas y razas tan abigarradas fue posible en paz gracias a la concordia. Roma ofrecía su ayuda a los aliados y amigos y se ganaban amistades más por los favores que daban que por los que recibían. Ritual fundacional, Plut. *Rom.* 11; Lavinio se fundó dos años después de la caída de Troya, 1181, Alba Longa treinta años después, 1151, DH I.88.2; II.2.4; Basto (1980), Martínez-Pinna (2006); Forsythe (2005).

Sea cual fuere el motivo para la elección de uno u otro año para el nacimiento de la ciudad, éste quedó sancionado para la posteridad y pasó a ser referencia del nacimiento de otras ciudades o personajes, como Gadir, Utica, Cartago, Homero, Zaleuco o Licurgo. Por otro lado, la Ciudad nació en un siglo que fue pleno de migraciones y surgimiento de nuevas ciudades, cuando muchos griegos migraron al norte del Egeo, el mar Negro, la costa africana y sobre todo a Occidente, al sur de Italia y a Sicilia, a la costa francesa y al nordeste de España<sup>64</sup>.

#### 8. FUNDADORES EN LA TRADICIÓN GRIEGA

La existencia de fundadores hermanos y gemelos es común a la tradición griega. Los calcídicos Hippocles y Magástenes fundaron Cumas, gemelos fueron Tarcón y Tirreno, hijos del rey de los misios, de la sangre de Herakles, o Amulio y Númitor, hermanos, reyes de Alba Longa. La tradición romana asume el modelo dual griego, para a continuación modificarlo y llegar al modelo de gobernante único —uno de los hermanos es eliminado—, más acorde con la noción individual e indivisible del poder supremo, representado por el rey<sup>65</sup>. Las vicisitudes pasadas por los gemelos romanos tampoco son ajenas a la tradición griega. En ésta hay gemelos no deseados pero destinados a fundar ciudades, que superaron desde el nacimiento todo tipo de adversidades hasta cumplir sus objetivos. Abandonados al nacer, como Rómulo y Remo, fueron alimentados o cuidados por animales como una loba o una osa, e incluso una yegua, hasta que los nativos de esos lugares agrestes y ásperos, los pastores, los recogieron e incorporaron como miembros de los grupos que formaban. A partir de ahí, la juventud de estos gemelos griegos transcurre en los bosques, cuidando de los ganados y llevando la vida de los pastores, gente violenta y proclive al robo, comportándose en fin como ellos, como ya anteriormente vimos. Así, Pelias y Neleo, gemelos expuestos por

64 DH I.9.4; 63.1; 66.1; 71.1-5; 74.1-2. En el entorno temporal de Roma conocemos el nacimiento de al menos quince colonias y probablemente hubo más. Pithecusa, de hacia el 775, Metapontum, del 773; Trapezus y Cycico, 756; Cumas, 750, Naxus y Corcyra, 734/733, Zancle, Leontini, Catane, Megara Hyblaea, Sybaris, Mylae, Taras, en el último tercio del siglo, Fine, *Ancient Greeks.*, pp. 69-71. Hubo otras propuestas cronológicas, como la de Timeo, en el 814, al que sigue Eutropio. Enio consideraba a Rómulo nieto de Eneas, por lo que pensaba en torno al año 1000, el analista L. Calpurnio Pisón, propuso el segundo año de la quinta olimpiada, el 758, Salustio hace a Eneas fundador —1181—, Atico y Varrón, al que sigue Livio, en el 753 y Polibio en el 750. El *Marmor Parium*, o mármol de Paros da el 1209/8, para la caída de Troya, aunque también se dice que Homero tuvo su *floruit* en 906/5. En tiempos de Claudio la fecha fundacional admitida como más segura era abril del 753, pues en el año 47 d. C., se celebraban los *ludi saeculares*, a 800 años de la fundación, Eutrop. I.1; Vell. I.8.4; Gell. I.16.3; Cic. *rep.* II, 10, 19; Tac. *ann.* XI.11. Ampolo, 2013. En la sexta olimpiada, 754 a.C.,

65 Vell. I.4.1; Livio, I. 5; Licofr. 1245/1249. El mito de la fundación alcanzó su pleno desarrollo entre el 350/300 a. C., poco antes de que los Ogulnii instalaran la primer escultura de la loba y los gemelos en un lugar público (Raaflaub, 2006). Sobre el origen de los gemelos, Promation, que hizo una Historia de Italia, Plut. *Rom.* 2.

su madre Tiro, antes de ser recogidos por un pastor o unos mercaderes, según la versión, fueron alimentados por una yegua. Se disputaron el poder, y el segundo, derrotado, marchó a fundar Pilos; Paris, hijo de Príamo y Hécuba, estuvo expuesto en el monte Ida, siendo amamantado por una osa, y luego recogido y criado por unos pastores. Mileto, hijo de Apolo y Deyone, que dio nombre a la ciudad que fundó en Samos y la famosa de la Caria, fue expuesto al nacer y alimentado por una loba. Los pastores lo encontraron y educaron, viviendo con ellos hasta su juventud.

Los beocios Anfión y Zeto, hijos de Zeus y Antíope, fueron expuestos en el monte y recogidos por un pastor, que los crió. Llegarían a ser reyes de Tebas. Céculo, fundador de Preneste, abandonado por su madre al nacer, fue criado por los hermanos Depídios, pastores con los que vivió toda su juventud, dedicado a la rapiña y cuidado de los rebaños, como era la costumbre; el dios Ares y Filónome tuvieron gemelos, Licasto y Parrasio, expuestos por su madre en el monte Erimanto, y amamantados por una loba, fueron recogidos y cuidados por el pastor Tilifo. Luego reinaron en Arcadia, leyenda ésta que se piensa que fue posterior a la de Rómulo y Remo. Lino, hijo de Psámate y Apolo, abandonado al nacer y criado por unos pastores, pero los perros de éstos lo devoraron; Egisto, hijo de Tiestes y Pelopia, abandonado por ésta, es criado por unos pastores, para luego reinarse sobre Micenas junto a su padre. Eolo y Beoto, hijos gemelos de Posidón y Arne, son abandonados por su abuelo Eolo en el monte, siendo alimentados por una vaca hasta que unos pastores los recogieron y cuidaron. Fundarían Eolia en la Propóntide y una Beocia, en Tracia<sup>66</sup>.

Mezclar fábula con realidad era el procedimiento para explicar cosas, de modo que episodios como el de la loba y los gemelos, resultaban adecuados en su contexto, pensaba Dionisio, aunque otros lo rechazaban. La nobleza de los gemelos provenía del rey Númitor, de quien eran nietos, y de su estirpe troyana, como descendientes de Eneas y Ascanio, además de héroes por hijos de un dios y una mortal. Uno de ellos, en fin, ascendió a los cielos tras su vida terrestre, para más tarde reaparecer deificado como Quirino. Pero junto a esta identidad esclarecida, paralelamente fueron criados y educados con gente humilde, el pastor Fáustulo y su esposa Acca Larentia, y pasaron su juventud no trabajando la tierra como cualquier ciudadano, sino cuidando rebaños, actividad que alternaban con el bandidaje y la rapiña, labores que a fines de la República sólo ocupaban los esclavos, lo más bajo de la sociedad romana. Finalmente, el fundador, que alcanzó la condición de dios, sumó en sus comienzos el peso de la culpa de un parricidio,

66 Las noticias son numerosas, por lo que recogemos sólo una muestra, Virg. *aen.* VII. 881 ss.; Hor. *ep.* I.18. 41-44; *odas*, III.11.2. Ov. *met.* VI.271; Paus. I.43.7; II.6.4; 21.9-10; V. 16.4; VI. 20.18; VIII.18.1, *passim*; Hom. *Il.* XVIII.570; *Odys.* XI.260 ss.; gemelos en el mito griego, Forsythe (2005).

acaso el delito que más reprobación tenía en la costumbre<sup>67</sup>. La sangre vertida por este delito suponía un riesgo físico tanto para el homicida como para la comunidad a la que pertenecía, pues profanaba el suelo y lo volvía estéril, lo que ponía en peligro la supervivencia del grupo. A partir de aquí se entiende que se evitara al homicida y se le desterrara, pues su presencia representaba una amenaza continua. «Tras matar a su hermano, Dios dijo a Caín, ¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama hasta mi desde la tierra». El matricida Alcmeón, perseguido por el espíritu de Erifila, su madre asesinada, erró sin descanso por el mundo. Se vería libre de su maldición cuando encontrara una región que cumpliera una serie de requisitos y poder instalarse en ella<sup>68</sup>.

Pero tan reprochable situación debía contar con circunstancias que atenuaran la gravedad de la culpa. Cuenta Dionisio de Halicarnaso que tras el nefasto incidente, Rómulo quedó abatido por la pena y el arrepentimiento de lo sucedido, se abandonó a sí mismo al desprecio de la vida, aunque persuadido por Laurentia, su madre adoptiva, se recuperó. La justificación es que fue movido por la envidia y la impaciencia —tal vez la divinidad lo empujó—, escribe Dionisio mitigando la culpa de Rómulo, e incluso descargándole de la responsabilidad directa del homicidio, pues de hecho su arrepentimiento le hizo despreciarse a sí mismo<sup>69</sup>. La construcción de esta doble y antagónica condición de los gemelos, su origen más esclarecido y noble y sus actuaciones alevosas y despreciables, tratan de armonizar las dos posiciones historiográficas más distantes, la que se decantaba por el origen troyano conectado a héroes y dioses, y la que hablaba de una Roma fruto de la llegada continua y constante de emigrantes de todas las condiciones sociales.

#### 9. EL ORIGEN DE LA NOBLEZA. CIRENE Y ROMA.

Si aceptamos que el paradigma colonial griego inspiró las tesis consagradas en la historiografía romana sobre los orígenes de la Ciudad, no es incongruente

67 DH I. 71.5; 73.2; 77.1; 79.6; 79.9-11; 81.2; 81.4; 84.1; 81.4; 84.4; 87.3; II.56.6; 63.3. Fundadores no nobles, Tuc. VI. 5.2; Str. VI. 269. Graham, *The colonial expansion*, p. 144. Igualmente, de Tulo Hostilio se decía que nació en un *tugurium* y vivió su juventud entre pastores, V. Max. III.4.1. En *tuguria* pasaban la noche los pastores y los númidas, Mela, I.42.2; Sal. *Yug.* 46.5; 75. 5, y vivían los miembros de la familia de los Tuberones.

68 *Génesis*, 4.10; Tuc. II.102. En la ley ática, el homicida ya expulsado, si debe volver a responder de nuevos delitos, lo haría desde un barco, para no pisar la tierra que le desterró, Frazer (1981). Agustín de Hipona se preguntaba cuál era el mérito de Roma para no ser castigada por el fratricidio de su fundador, frente a la suerte corrida por Troya, por el rapto de una esposa ajena, Agust. *CD* III.6. De lo poco que conocemos de la regulación legal del parricidio por Pompeyo en el 70, la pena de muerte en el culleus fue sustituida por el exilio, aunque Augusto volvería al saco (Mommsen, 2017; Wagenvoort, 1956).

69 Suet. *Aug.* 33; *Claud.* 34. *Dig.* 48.9.9; Paul. *Sent.* 5. 24; CT. IX.15.1; *CJ.* IX. 17.1; *inst.* IV.18.6; Livio, IV.50; 51; *ep.* 68. Plut. *Rom.* 22; Plin. *nat.* XVIII.3; Cic. *Tull.* 9; fin. II.16; *Brut.* 22; *Mil.* 7; Asc. *in Scaur.* 23. Ap. *BCI*.20, Cantarella (1996).

examinar qué nociones tenían esos mismos griegos sobre el origen y formación de la nobleza, y los paralelismos que de ello encontramos en el relato tradicional romano.

Cirene, en la costa de Lybia, fue fundada hacia el 650/600 a. C., por colonos dorios procedentes de la isla de Tera, al noreste de Creta, según atestiguan *in extenso* Heródoto y confirman una referencia fragmentaria de Meneclés de Barca, historiador libio acaso del siglo ii a.C. y una inscripción, fechada en el siglo iv, que la convierte probablemente en el modelo fundacional mejor conocido. En este epígrafe se renovaban los compromisos adquiridos por los primeros fundadores, liderados por Bato, el *oikistes* y luego rey, - para Heródoto Bato significaba rey - con relación a los derechos de los colonos que llegaron después de la fundación. Interesa aquí la parte final de aquel pacto. Hacia el 550, tres generaciones después de la fundación, la colonia seguía subordinada al gobierno de su metrópolis, típico entre los dorios. Tera entonces envió un árbitro, el arcadio Demonacte de Mantinea, con un nuevo modelo de régimen para la colonia. La monarquía inicial fue sustituida por una república, y la población fue redistribuida en tres tribus: la más importante y con plenitud de derechos agrupaba a los descendientes de los colonos primitivos de Tera y a los periecos —los de alrededor, referidos a Tera—, que probablemente disfrutaban de las mejores tierras de Cirene, ellos y sus descendientes. En Siracusa, por ejemplo, estos aristócratas eran denominados *gamoroi*, «los que poseen la tierra». La segunda tribu la formaban los colonos procedentes del Peloponeso y Creta, y por fin y probablemente con menos derechos, aunque desconocemos en qué medida, la tercera tribu reunía al resto de los colonos procedentes de las demás islas del Egeo. La inscripción recordaba estos acuerdos y pedía a los gobernantes de Cirene que, bajo los auspicios del héroe Bato, los cumplieran<sup>70</sup>. Se establecía por tanto una jerarquía de deberes y derechos, que daba a cada uno un *status*, en función de la antigüedad y procedencia esgrimida y comprobada en cada caso, de modo que los conectados con los primeros momentos confirmaban su preeminencia,

70 Herod.IV.151; 153; 161; Meiggs y Lewis (1969), Murray (1983). Bato, el fundador, dio origen a la dinastía de los Batiadas, siendo sucedido por su hijo Arcesilao, Bato II, Arcesilao II y Bato III, antes de dar paso al gobierno republicano. *vid.* Jeffery (1961), Chamoux (1953). La primitiva estructura tribal de Efeso discriminaba a nativos y colonos llegados posteriormente a la fundación. Fue corregida por un gobierno tirano, que amplió la representación de todos los griegos y nativos, en detrimento del poder e influencia de los que se reclamaban como descendientes de los primeros efesios, véase Roebuck (1961); todas las fases de la fundación de Cirene (630/600) estuvieron supervisadas por la metrópoli, Fine (1983), Jeffery (1961), la Cirene mítica, en Just. *epit.* XIII.7, Murray (1983). El texto de Meneclés de Barca explica a Bato como exiliado político, lo que para algunos es más probable que la versión de Heródoto (Fraser I, 517 ss.; Mazarino I, 217 ss.). Para Just. XIII. 7.3, fue el oráculo de Delfos quien envió a Libia a bato, pese a que la isla de Tera estaba despoblada.

frente a los menos beneficiados, los últimos que llegaron, ajenos a los lugares y las personas relacionadas con la fundación.

La forja de unos principios éticos no es fruto de un día, sino resultado final de prácticas y creencias mantenidas en el tiempo por cualquier comunidad. No podemos por tanto señalar el momento determinado a partir del cual tales ideales surgieron, pero sí establecer con garantías si en una secuencia temporal determinada tales valores y creencias ya estaban asentadas y asumidas o no por los individuos a los que afectaban. La conducta de esos individuos, reafirmada además por la de sus opuestos, será referente en nuestras siguientes reflexiones<sup>71</sup>.

A fines del siglo i a. C. la legitimidad de la *nobilitas* republicana podía rastrearse hasta Rómulo. Como dedujera ya Sir Ronald Syme en su momento, la historia de Roma era básicamente la historia de su clase gobernante, y en ésta, los patricios, por sí mismo o en difusa sintonía con las *gentes* plebeyas más poderosas, asumieron el primordial papel del gobierno de la Ciudad. Cualquier suceso o elemento que pudiera subrayar este mensaje se sumaba al relato historiográfico, si reforzaba la validez del modelo social y político vigente de supremacía de la oligarquía. Como ya dijimos *supra*, esta nobleza ilustrada, aunque con respetuosos escepticismo no siempre silenciado, consideraba admisible el relato troyano sobre las raíces de su dignidad de clase y la razón de su creciente pujanza por todo el Mediterráneo, y lo explicaba desde una tradición de poder legitimado por el tiempo, que se tornaba irrefutable si se remontaba a los tiempos fundacionales. Si en Cirene esgrimían preeminencia aquellos que se decían descendientes de los expedicionarios de Bato, en Roma los nobles, sin el árbol genealógico de los *aristoi* griegos ni contar entre sus antepasados con personajes como Agamenón, Herakles, Menelao o Príamo, pero sí con conexiones con las *gentes* más antiguas latinas o sabinas, o incluso con el mismo Eneas, a través de su hijo Ascanio o Julio, desde la retórica y el modo de hacer historia que ésta consideraba lícito y adecuado, se sirvieron de la fábula

71 Los valores éticos de tres senadores de la segunda mitad del siglo iii a. C., mediado el siglo i a. C. y finales del siglo i y comienzos del siglo ii d. C., respectivamente, permiten ver las escasas diferencias de aspiraciones de los miembros de la élite, con el paso del tiempo. Por lo demás, pese a que de los ejemplos analizados ninguno era patricio, e incluso dos de ellos eran *homines novi*, desde la *Lex Hortensia* del 287 a. C., patricios y plebeyos en teoría quedaron homogeneizados por el poder y prestigio que daba la riqueza de cada cual, una vez desaparecidos los privilegios de ley. Véase Muñiz Coello (2010). Son los *noti homines*, los *boni*, *potentes*, los *principes civitatum* de los textos de finales de la República; todos, incluidos los magistrados, adulaban a los *potentes*, que tenían gran influencia en el estado y los tribunales, Caes. *BC* 1.4.5; la nobleza debía ser siempre admirada y respetada, pues los hombres dignos son beneficiosos para la ciudad, ya vivos o incluso con la perpetuación de su memoria una vez muertos, Cic. *Sest.* 21; 103; C. Verres, ante el proceso que se le avecina, se jactaba de gozar de la amistad de numerosos *nobiles*, lo que infundía desprecio en su acusador, Cic. *Verr.* I. 6.16; *fam.* I.9.12; *in Caec.* 68; *phil.* 2.21; *agr.* II.21; *Mur.* 72/73, Q. Cic. *comm.pet.* 16; 18; *off.* II.15; Ap. *BC* II.4; Livio 28.40.2; 45.20.10.

y el mito griego para recrear su propia tradición, y trazaron luego las conexiones necesarias con sus héroes y personajes excepcionales<sup>72</sup>.

Así, los nobles romanos estaban justificados de ser lo que eran y hacer lo que hacían porque descendían de los *patres*, los primeros que habitaron la Ciudad, los que estuvieron con Rómulo, el fundador, el Bato de Roma, cuyos privilegios heredaron sus descendientes, los patricios, de los que estos nobles posteriores provenían. Eran patricios porque conocían a sus padres, y podía llamarlos por su nombre, *qui patrem ciere possent*, o como precisaba Dionisio de Halicarnaso, porque eran notables por nacimiento, elogiados por sus virtudes y considerados ricos en aquellos momentos, a los cuales Rómulo los distinguió de los oscuros, humildes y pobres. Y a los más necesitados los llamó plebeyos, los *demoticoi* de los griegos, y el modelo que copió fue la constitución de Atenas<sup>73</sup>.

Los historiadores perfilaron el rango y la legitimidad de la nobleza de su tiempo, que una parte de la tradición contraponía a la oscura población de los orígenes. Pasadas las primeras generaciones, los nobles romanos se dotaron del necesario acervo de méritos y cada familia estableció su legitimidad por sus ancestros, los *maiores*, resultando su grandeza y privilegio, como entre los griegos de Cirene, de descender de los primeros, de los fundadores primitivos. El *oikistes* Rómulo, héroe como hijo de Rea Silvia y Marte, tras su desaparición, alcanzaba la condición divina. El relato historiográfico, favorecido por la lejanía y oscuridad de aquellos sucesos, además del buen hacer de los poetas, consagró de manera definitiva este modelo explicativo al servicio de su clase dirigente<sup>74</sup>.

72 Pl. *Leyes*, (874 E-873 I); Arist. *Pol.* 1284a13; 1355a15; Larsen (1954). En el siglo iv los filósofos griegos admitían y sancionaban la existencia de hombres carismáticos, especiales, que por su excepcional valía estaban por encima de la ley, incluso que ellos eran la ley misma. Se les suponía una capacidad especial para la verdad y en la mayoría de los casos se atenían a ella. Los *annales* — como género ajeno a los recursos de la retórica, añadimos nosotros— era un género de estructura lenta y sin arte, Tac. *dial.* XXII.5; Angelini (1979).

73 Como el senado daba por bueno lo que el pueblo aprobase, éste hizo lo mismo, sancionando cuanto viniese asesorado previamente por el senado, dice Livio, I.17.9-11; X. 8. 10; por edad y autoridad, el asesoramiento del estado de Rómulo fue dado a los *patres*, Floro, *epit.* I.1.15; Gabba (1960). La tradición situaba al patriciado en los orígenes de la ciudad, pero hoy se considera algo de comienzos de la República, Poucet (1985); el patriciado emerge desde el final de la monarquía, una identidad consolidada, un *status* y unos privilegios reforzados por la riqueza, sus conexiones y lazos sociales y dependientes, perfectamente preparada para monopolizar el poder tras la expulsión de los reyes (Drummond, 2008).

74 Las fundaciones coloniales latinas y de ciudadanos romanos, están presentes desde la segunda mitad del siglo iv, con Antium, Ostia o Terracina, entre las más antiguas. Fueron muy frecuentes desde el iii y reguladas desde fines del siglo ii a. C., estado a cargo la fundación y asignación de parcelas unas comisiones triunvirales, que más tarde se ampliaron a cinco, diez y veinte miembros, *vid. Ascon. In Pison.*, 3C, para Placentia, del 218 a.C.; Plut. *Flam.* 1; Livio, XXIX.13.6. *Triumviri coloniae deducendae*, Livio, VIII.16.4; IX.46.3; X.21.9; DH II.8.1. Algún título sobre colonización, además del libro de Salmón.

Un lúcido investigador, a partir de los caracteres institucionales de la Roma del final de la República, sintetizó una hipótesis sobre cómo sería la sociedad de los tiempos primitivos. Concluyó que en esa sociedad habría patricios y plebeyos pero también otros grupos; un número indeterminado de senadores pero no centenares, grupos no muy numerosos de *equites*, algunas magistraturas tras la expulsión de los reyes y dos cónsules al menos un siglo después de ésta. La asamblea centuriada de Servio Tulio, debía tener poco que ver con la que conocemos, probablemente tal como era en el siglo iii, y la organización plebeya, que no debió surgir de pronto en el 494, como la tradición indica; conceptos como ciudadanía y libertad debieron tener poco o ningún significado al principio, y maduraron con dificultades y lentamente. En consecuencia, el relato transmitido respondía a la falta de información, a no saber interpretar la que tenían o a que operaban con ideas preconcebidas e intenciones específicas<sup>75</sup>.

Para las fuentes literarias, los patricios eran los descendientes de los fundadores, pero también de gente que llegó desde fuera, como las hijas raptadas de los sabinos, el corintio Tarquinio o los sabinos Numa o Attus Clausus, y los plebeyos eran los extranjeros, de turbios orígenes, que fueron admitidos, se asentaron en la Ciudad y muchos recibieron tierras, pasando en otros casos a depender y servir a aquellos patricios, de los que eran dependientes<sup>76</sup>. Los patricios, de ilustres ancestros, terratenientes y propietarios de ganados, registrados en sus tribus rústicas pero residentes en la Ciudad, desempeñaban los cargos, ocupaban los escaños del senado, administraban la justicia, controlaban el tesoro y decidían sobre la paz o la guerra. Todos los que llegaron después, los plebeyos, inexpertos en todo lo anterior, cultivaban sus propios campos o los de aquellos y custodiaban ganados propios o ajenos, desempeñaban oficios lucrativos en los talleres artesanales familiares, ejercían la compra/venta y el comercio —lo que para Dionisio de Halicarnaso les inhabilitaba para ser ciudadanos—, viajando a la Ciudad en fechas regulares desde sus domicilios en las tribus rústicas. Para todo lo demás, los plebeyos eran clientes de los patricios<sup>77</sup>.

La dicotomía patricio/plebeya que vertebraba el relato de la analítica, se integra en la tradición desde los primeros tiempos, subrayando la superioridad patricia ya desde Rómulo como vaticinio de los tiempos posteriores, y compartiendo esta

75 Raaflaub (2005b); Aunque el primer cónsul plebeyo se reguló en el 367, no hubo uno hasta el 342 (Forsythe, 2005).

76 Rose (1922); el antagonismo patricio-plebeyo no estuvo en los orígenes de la sociedad romana, Richard (2005). Un sugestivo cliché de los patres en Holleaux (1921), «esos ricos campesinos, de lentitud mental y pobre imaginación, desconfiados y reacios a las novedades y aventuras, timoratos ante lo desconocido».

77 DH II.8.1; 9.1; IX.25.2; X.1.4; II.9.1; 28.2. A mediados del V el pueblo eran los campesinos, los jornaleros, la muchedumbre de la Ciudad, DH X. 48.2-3. Patricios, eran así llamados por ser de padres conocidos, ser padres de hijos libres, o por tener derecho de patronato, Plut. *Rom.* 13.

superioridad desde mucho antes del siglo III, cuando la ley equiparó a todos en derechos, con las *gentes* plebeyas acaudaladas. La legitimidad de la nobleza en el poder, sancionada por siglos de su ejercicio, debía desalentar cualquier antagonismo y neutralizar el deseo de cuestionarla a través de la violencia y la reivindicación, como sucedía en las calles de Roma al final de la República, aunque ahora la pugna se dirimiera entre ricos y pobres. La tradición indicaba que a Rómulo, predestinado a reinar, le salieron al vuelo doce buitres como presagio, y a Remo, que sería eliminado, sólo seis. Rómulo tomó augurios en el Palatino y Remo en el Aventino, identificando el Palatino con la sede de los primeros romanos y el Aventino, el refugio de los plebeyos, con los que llegaron después, extranjeros, comerciantes, buhoneros, artesanos y una población de origen más oscuro, pobres, marginados y desertores, que la historiografía augústea identificaba con la plebe que tomaba las calles, conspiraba en las asambleas y removía los cimientos del régimen aristocrático. Esta colina estuvo fuera del *pomoerium* hasta Claudio, sin conocerse la causa de tal excepción. El desenlace de este enfrentamiento ya era sabido, pues finalmente Rómulo mató a Remo y fundó la Ciudad<sup>78</sup>.

#### BIBLIOGRAFIA

- Adam, A. M. y Rouveret A. (1995). Cavaleries et aristocraties cavalières en Italie entre la fin du VIe siècle et le premier tiers du IIIe siècle av. n. ére. *MEFRA* 107(1), 7-12.
- Alfoldi, A (1965). The overgrazing of Ranch Land in Ancient Italy. En *II dominio della cavalleria dopo la caduta dei re in Grecia ed a Roma* (pp. 21-34). Nápoles: Rendiconti dell'Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli, 40.
- Ampolo, C. (2013). Il problema delle origini di Roma rivisitato: concordismo, ipertradizionalismo acritico, contesti. *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisam Classe di Lettere e Filosofia*, serie 5, 5(1), 17-284.
- Ampolo, C. (1981). I gruppi etnici in Roma Arcaica: posizione del problema e fonti. En VV. AA., *Atti Conv. Gli etruschi e Roma. Incontro di Studio in onore di Massimo Pallottino* (pp. 45-70). Roma.

78 DH I. 85. 3-4; 86.2; II. 8.1. Durante la monarquía Roma estuvo poblada por una turba de pastores y aventureros, huidos de su patria, Livio, I.6.4; 7.1; II.1.3-6; Marcial, X.76.7; Gell. XIII.14.4/7. La plebe arcaica está conectada con el mundo griego del sur, mientras que los patricios tradicionalmente estaban conectados con Etruria, Momigliano (2005), Gabba (1960). El Templo de Diana en el Aventino, Lucina, atribuido a Servio Tulio, el altar y la capilla de Evandro a Hércules —un *fanum*—, el Templo de Júpiter Estator, de Rómulo, el palacio de Numa y el santuario de Vesta, con los dioses penates, Tac. *Ann.* XV.41.1; XII. 58.1. Lo que no obstaba para que Evandro fuera venerado como otros personajes, cuyos lugares de culto se perdieron en el incendio de Roma del año 64.

- Ampolo, C. (1988). *Rome archaïque: une société pastorale?*, ed. de C. R. Whittaker, Cambridge [Cambridge Philological Society, Suppl. 14], pp. 120-133;
- Appleton, C. (1924). Trois épisodes de l'histoire ancienne de Rome: les Sabines, Lucrece, Virginie. *RHDFE*, 4.<sup>a</sup> serie, 3, 193-271, 592-670.
- Basanoff, V. (1949). *La devotio de M. Curtius, eques*. *Latomus*, 8, 31-36.
- Basto, R. G. (1980). *The Roman Foundation Legend and the Fragments of the Greek Historians. An Inquiry into the Development of the Legend*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Bianco, S. y Preite, A. (2014). Identificaciones degli enotri: fonti e metodi interpretativi. *MEFRA*, 126(2), 405-428.
- Bickermann, E. J. (1952). Origines Gentium. *CPh*, 47(2), 65-81.
- Bickermann, E. (1969). Some reflections on Early Roman History. *RFIC*, 97, 393-408.
- Boardman, J. (1964). *The Greeks Overseas*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Boyance, P. (1940). Sur Cicéron et l'histoire. *REA*, 42, 388-392.
- Briquel, D. (1995). Pastores aboriginum (Justin. 38, 6,7): a la recherche d'une historiographie grecque anti-romaine disparue. *REL* 73, 44-59.
- Briquel, D. La legende de la mort et de l'apotheose de Romulus. *Caesarodunum*, 21 bis, pp. 15-36.
- Brunt, P. A. (1971). *Italian Manpower, 225 B. C.-A.D. 14*. Oxford: Oxford University Press.
- Carandini, A. (1997). *La Nascita di Roma: dèi, Lari, eroi e uomini all'alba di una civiltà*. Turín: Einaudi.
- Cantarella, E. (1996). *Los suplicios capitales en Grecia y Roma*. Madrid: Akal.
- Castagnoli, F. (1982). La leggenda di Enea nel Lazio. *Stud. Rom.*, 30(1), 1-15.
- Chamoux, F. (1953). *Cyrene sous la monarchie des Battiades*. Paris: de Boccard.
- Cornell, T. J. (1975). Aeneas and the twins: the development of the Roman Foundation Legend. *PCPS*, 201, 1-32.
- Cornell, T. J. (Ed.) (2013). *The Fragments of the Roman Historians*. Oxford: Oxford University Press, vol. 1.
- Cornell, T. J. (1999). *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 a. C.* Barcelona: Crítica.
- Cornell, T. J. (2001). Cicero on the Origins of Rome. *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 45(576), 41-56.
- Cornell, T. J. (2006). The Conquest of Italy. *CAH*, VII(2), 351-419.

- Cornell, T. J. (2005). The value of the Literary Tradition concerning Archaic Rome. En K. A. Raaflaub (Ed.), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (pp. 52-76). Oxford: Blackwell Publishing.
- Crake, J. E. A. (1940). The Annals of the Pontifex Maximus. *CPh*, 35(4), 375-386.
- Deroy, L. (1973). Le combat légendaire des Horaces et des Curiaces. *Les Etudes Classiques*, 41, 197-206.
- Dillery, J. (2002). Q. Fabius Pictor and Greco-Roman Historiography at Rome. En J. F. Miller, C. Damon y K. S. Myers (Eds.), *Vertis in Unum: Studies in Honor of Edward Courtney* (pp. 1-23). Munich: K. G. Saur.
- Drummond, A. (2008). Rome in the fifth century II: the citizen community. *CAH*, VII(2), 172-242.
- Eliade, M. (1992). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor.
- Fine, J. V. A. (1983). *Ancient Greeks. A Critical History*. Harvard, Cambridge, Ma./Londres: Harvard University Press.
- Flower, H. I. (2010). *Roman Republics*. Oxford/Princeton: Princeton University Press.
- Forshyte, G. (1994). *The Historian L. Calpurnius Piso Frugi and the Roman Annalistic Tradition*. Lanham, MD: University Press of America.
- Forsythe, G. (2005). *A Critical History of Early Rome. From Prehistory to the First Punic War*. Los Angeles/Berkeley/Londres: University of California Press.
- Gabba, E. (1960). Studi su Dionigi di Alicarnasso. I. La costituzione di Romolo. *Athenaeum*, 38, 175-225.
- Gabba, E. (1968). Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica. En *Entretiens sur l'Antiquité Classique: les origines de la République romaine* (135-169). Vandoeuvres/Ginebra: Fondation Hardt.
- Gabba, E. (2005). Proposta per un quadro storico di Roma nel V sec .a.C. En M. Humbert (Ed.), *Le dodici tavole. Dai decemviri agli umanisti* (pp. 117-126). Pavia: IUSS Press.
- \*Gage, J. (1970). The overgrazing of Ranch Land in Ancient Italy. La plebs et le populus et leurs encadrements respectifs dans la Rome de la première moitié du Ve siècle av. J.C, en *RH*, 243, 5-30.
- Gagé, J. (1978). La lex Aternia, l'estimation des amendes (multae) et le fonctionnement de la commission décemvirale de 451-449 av. J.C. *AC*, 47, 70-95.
- Giovannini, A. (1984). Les origines des magistratures romaines. *MH*, 41, 15-30.
- Graham, A. J. (2008). The colonial expansion of Greece. *CAH*, III(3), 83-162.

- Graham, A. J. (1971). Patterns in Early Greek Colonization. *JHS*, 91, 35-47.
- Grandazzi, A. (1991). *La fondation de Rome*. París: Les Belles Lettres.
- Gruen, E. S. (2006). Romans and Others. En N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (Eds.), *A Companion to the Roman Republic* (pp. 459-477). Chichester, West Sussex/Malden, MA: Wiley-Blackwell.
- Heurgon, J. (1973). *The Rise of Rome to 264 B.C.* Londres: B. T. Batsford.
- Hill, H. (1938). Equites et celeres. *CPh*, 33(3), 283-290;
- Holleaux, M. (1921). *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle avant J.-C. 273-205*. París: Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome.
- Homo, L. (1925). *L'Italie Primitive et les debuts de l'imperialisme romain*. París: La Renaissance du Livre.
- Horsfall, N. (1979). Some Problems in the Aeneas Legend. *CQ*, 29(2), 372-390.
- Jeffery, L. H. (1961). The Pact of the First Settlers at Cyrene. *Historia*, 10, 139-147.
- Laroche, R. A. (1982). The Alban king-list in Dionysius I,70-71: a numerical analysis. *Historia*, 31, 112-119.
- Larsen, J. A. O. (1954). The Judgment of Antiquity on Democracy. *CPh*, 49(1), 1-14.
- Laurand, L. (1911). *L'Histoire dans les discours de Cicéron*. París: H. Champion.
- Letta, C. (1984). «L'Italia dei mores romani» nelle «Origines» di Catone. *Athenaeum*, 62, 3-30.
- \*Letta, C. (1988). La tradizione storiografica sull'età regia: origine e valore. En E. Campanile (Ed.), *Alle Origine di Roma, Atti del Colloqui tenuto a Pisa, il 18 1 19 Settembre 1987* (pp. 61-75). Pisa: EDITORIAL.
- \*Liou-Gille, B. (1980). *Cultes heroiques romains decouvertes et perspectives nouvelles*. París..
- Loicq, J. (1964). Mamurius Veturius et l'ancienne representation italique de l'annee, en VV. AA., *Hommages a Jean Bayet* (pp. 401-426). Bruselas: Collection Latomus 70.
- Malinowski, B. (1994). *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Manfredini, A. D. (1976). Tre leggi nel quadro della crisi del V secolo. *Labeo*, 22, 198-231.
- Martínez-Pinna, J. (2006). Sobre la fundación y los fundadores de Roma. En J. Martínez-Pinna (Coord.), *Initia rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo* (pp. 163-185), Málaga: Universidad de Málaga
- Martínez-Pinna, J. (1996). *Tarquinius Prisco*. Madrid: Ediciones Clásicas.

- Meiggs, R. y Lewis, D. (1969). *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the end of the fifth Century B.C.* Oxford: Clarendon Press.
- Mitchell, R. E. (1996). Ager publicus: public Property and Private Wealth during the Roman Republic. En M. Hudson y B. A. Levine (Eds.), *Privatization in the Ancient Near East and Classical World* (pp. 253-291). Cambridge, Ma.: Harvard University Press.
- Momigliano, A. (1966). Procum Patricium. *JRS*, 16-24.
- Momigliano, A. (1969). Cavalry and Patriciate. An answer to Professor A. Alföldy. *Historia*, 18, 385-388.
- Momigliano, A. (2006). The origins of Rome. *CAH*, VII(2), 52-112.
- Momigliano, A. (1963). An Interim Report on the Origins of Rome. *JRS*, 53, 95-121.
- Momigliano, A. (1993). ¿Mentía Fabio Pictor? En *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Momigliano, A. (2005). The Rise of the Plebs in the Archaic Age of Rome. En J. A. Raaflaub (Ed.), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (pp. 175-197). Oxford: Blackwell Publishing.
- Mommsen, T. (2017). *Derecho Penal Romano*. Madrid/Barcelona/Buenos Aires: La España Moderna.
- Muñiz Coello, J. (2018). La historia en Roma. Retórica, *res gestae* y crisis. *Erebea*, 8, 157-194.
- Muñiz Coello, J. (2018). Sobre las Doce Tablas. Algunas propuestas historiográficas. *RIDA*, 64, 5-42.
- Muñiz Coello, J. (2010). Patrons, tribes and elections. The Roman Senator and politics. *C&M*, 61, 1-37.
- Münzer, F. (1905). Atticus als Geschichtsschreiber. *Hermes*, XL, 50-100.
- Murray, O. (1983). *Grecia arcaica*. Madrid: Taurus.
- Musti, D. (1970). Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica. Studi su Livio e Dionigi d'Alicarnasso. *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*, 10, 3-159.
- Mc Neal, R. A. (1972). The Greeks in History and Prehistory. *Antiquity*, 46, 19-20.
- Ogilvie, R. M. y Drummond, A. (2006). The Sources for Early Roman History. *CAH VII(2)*, 1-29.
- Ogilvie, R. M. (1976). *Early Rome and the Etruscans*. Glasgow: Branch Line.
- Pais, E. (1913-1920). *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*. Roma: Ermanno Loescher & C.º. 4 vols.

- Parise, N. F. (1991). Dal bue al bronzo. La misura del valore a Roma prima della moneta. *Stud. Rom.*, 39, 92-94.
- Paladini, V. (1947). Sul pensiero storiografico di Cicerone. *Rend. Acc. Lincei*, II, 511-522.
- Pareti, L. (1924). Per lo studio della legenda e della falsa storia. *A&R*, 5, 69-89.
- Pasqualini, A. (1998). Diomede nel Lazio e la tradizioni leggendarie sulla fundaciones de Lanuvio. *MEFRA*, 110(2), 663-679.
- Perret, J. (1942). *Les origenes de légende troyenne de Rome (283-31 av. J.-C.)*. París: Les Belles Lettres.
- Poucet, J. (1985). *Les origines de Rome. Tradition et histoire*, Louvain-la-Neuve: Éditions des Cercles universitaires Saint Louis.
- Poucet, J. (2000). *Les rois de Rome. Tradition et histoire*. Bruselas: Académie Royale de Belgique.
- Raaflaub, K. A. (2005). The Conflict of the Orders in Archaic Rome: a Comprehensive and Comparative Approach. En K. A. Raaflaub (Ed.), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (pp. 1-46). Oxford: Blackwell Publishing.
- Raaflaub, K. A. (2006). Between Myth and History: Rome's Rise from Village to Empire (the Eighth Century to 264). En N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (Eds.), *A Companion to The Roman Republic* (pp. 125-146). Oxford: Blackwell Publishing.
- Rambaud, M. (1953). *Cicéron et l'Histoire Romaine*. París: Les Belles Lettres.
- Rich, J. (2018). Fabius Pictor, Ennius and the Origins of Roman Annalistic Historiography, The Origins of the Annalistic Tradition. En K. Sandberg y C. Smith (Eds.), *Omnium Annalium Monumenta: Historical Writing and Historical Evidence in Republican Rome* (pp. 17-65). Leiden/Boston: Brill.
- Richard, J.-C. (2005). Patricians and Plebeians: The Origin of a Social Dichotomy. En K. A. Raaflaub (Ed.), *Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (pp. 107-127). Oxford: Blackwell Publishing.
- Roebuck, C. (1961). *Tribal Organization in Ionia*. *TAPhA*, 92, 495-507.
- Rose, J. J. (1922). Patricians and Plebeians at Rome. *JRS*, 12, 106-133.
- Ross Holloway, R. (1996). *The Archaeology of Early Rome and Latium*. Londres/ Nueva York: Routledge.
- Santangelo F. (2014). The Roman Historical Tradition: Regal and Republican Rome. En J. E. Chaplin y C. S. Kraus (Eds.), *Oxford Readings in Classical Studies* (pp. 201-206). Oxford: Oxford University Press.
- Shatzman, I. (1975). *Senatorial Wealth and Roman Politics*. Bruselas: Latomus.

- Snodgrass, A. M. (1990). *Arqueología de Grecia*. Barcelona: Crítica.
- Snodgrass, A. (1971). *The Greek Dark Age, An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth Centuries B.C.*, Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Stengers, J. (1963). Unité ou diversité de la critique historique. En C. Perelman (Ed.), *Raisonnement et démarches de l'historien* (p. 14). Bruselas: Université libre de Bruxelles.
- Stewart, P. (2003). *Statues in Roman Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Syme, R. (1939). *The Roman Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Timpe, D. (1972). Fabius Pictor und die Anfänge der römischen Historiographie. *ANRW*, I(2), 928-969.
- Toye, D. L. (1995). Dionysius of Halicarnassus on the First Greek Historians. *AJPh*, 116(2), 279-302.
- Ungern-Sternberg, J. von. (2011). The tradition on Early Rome and Oral History. En J. Marincola (Ed.), *Greek and Roman Historiography* (pp. 119-149). Oxford: Oxford Readings in Classical Studies.
- Ungern-Sternberg, J. von (2005). The Formation of the "Annalistic Tradition": the example of the Decemvirate. En K. A. Raflaub (Ed.), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders* (pp. 75-97). Oxford: Blackwell Publishing.
- Vatin, C. (1984). *Citoyens et non citoyens dans le monde grec*. Paris: Sté d'Ed. d'Enseignement su`çeroeir.
- Wagenvoort, H. (1956). The crime of fratricide. The figure of Romulus-Quirinus in political struggle of the first century B.C. En *Studies in Roman Literature, Culture and Religion* (pp. 169-183). Leiden: E. J. Brill.
- Wiseman, T. P. (1989). Roman Legend and Oral Tradition. *JRS*, 79, 129-137.
- Wiseman, T. P. (1974). Legendary Genealogies in Late-Republican Rome. *G & R*, 21(2), 153-164.
- Yeo, C. (1948). The overgrazing of Ranch Land in Ancient Italy. *TAPhA*, 79, 275-309.